

MALÉN DENIS

LITIO



MALÉN DENIS

Litio



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@caballdetroyaeditorial



@CaballoTroyaEd



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

El litio (en griego: λιθίον, «piedrecita») es un metal alcalino blanco plateado, blando, dúctil y muy ligero, se corroe rápidamente al contacto con el aire y no existe en estado libre en la naturaleza, sino solo en compuestos; se emplea especialmente en aleaciones conductoras del calor, en baterías eléctricas y, sus sales, en el tratamiento del trastorno bipolar.

En su forma pura, es un metal blando, de color blanco plata, que se oxida rápidamente en aire o agua. Su densidad es la mitad de la del agua, siendo el metal y elemento sólido más ligero. Acercado a una llama la torna carmesí, pero si la combustión es violenta, la llama adquiere un color blanco brillante.

WIKIPEDIA

Bajo cero

Escupías fuego por la boca cuando te conocí. Debería haber intuido el peligro: un chico de dieciséis años sin remera, tomando sorbos de nafta en el medio del campo helado para escupir llamaradas. El pasto grisáceo estaba cubierto de escarcha, a vos te caía, por el surco que dejan tus pulmones en tu pecho pálido, un hilo de kerosene. Brillabas por partes, un Vermeer caprichoso. La noche y la intemperie te quedan bien, algo de leñador que tenés, una actitud de resolver a la fuerza, a hachazos.

Ese invierno intentaron convencerme de que el frío era un estado en la mente. Es una sensación y una sensación siempre es psicológica, lanzó un pequeño Einstein que desconocía el concepto de hipotermia. No quería tener que discutir con un varón, además, hubiera dado todo por dejar de temblar, así que, sentada en un tronco bajo, hacía fuerza para encontrar telepáticamente el calor, hecha un bollo dentro de mi saco azul. Te encantaba ese saco, decías que era del color exacto. Nunca supe exacto respecto de qué.

Cuando caminaste recto hacia mi dirección, juraba que había alguien justo detrás de mí. ¿Estás borracha?, lanzaste mientras tomabas forma humana, rígida. Limpiabas tu pecho con una toalla de mano decorada con un bordado en cursiva y el dibujo de una manzana. Con velocidad magistral, te calzaste un suéter grueso de lana sobre la piel desnuda, seguro picaba, pero no emitiste queja alguna. Un fruncimiento de cejas te dejó la cara en penumbra: No lo hagas más, vos no sos como esas chicas, a vos no te queda bien. Te miraba como Sailor Moon al Señor del Antifaz, como un gatito tierno de Internet, y vos ya conocías esa mirada.

Lo que me cautivó fue tu capacidad de ser definitivo. Yo con suerte tenía el límite de la ropa para determinar que era un ser humano, pero vos ya estabas completo, claramente cortado del fondo por un troquel del cual te habías desprendido hacía tiempo ya, parecías saber mucho de todas las cosas. Y qué honor no ser como «esas chicas», aunque no tuviera idea de quiénes eran. Y qué honor ser elegida para un consejo. La alegría me invadió el cuerpo como un látigo eléctrico.

Tacto

El sentido del tacto siempre me dio curiosidad: su funcionamiento. Una vez dijiste que no me puedo dar cuenta de que soy suave porque tengo las palmas de las manos ásperas. ¿Sentís? Me hiciste tocar primero tus manos, jabonosas y frías, como peces, para que tuviera punto de comparación. Las tuyas son como un papel, concluiste. Me costó darte la mano desde ese entonces.

El eje del problema del tacto se da cuando me intento sentir a mí misma, cuando intento evaluar mi propia textura. ¿Cuál es la parte que está percibiendo? ¿Cómo sé cómo me siento de verdad? No es un problema cabal, con el exterior no tengo dudas y este vestido es definitivamente agradable, es una espuma.

Intento hallarme en las compras. Bajo la luz mortuoria del probador no hay forma, soy gris, una refugiada huérfana de la Segunda Guerra Mundial. La necesidad de gastar aparece en estos momentos, con la sensación de que hay que llenar los minutos, las horas, el tiempo-hasta-que. Como siempre, para no llegar tarde terminé llegando excesivamente temprano. Por eso me metí al local, por eso y por el aire acondicionado.

Si bien algo me cautiva en mi imagen de huerfanita famélica, es inviable que alguna vez vaya a usar un vestido celeste, un vestido de chica que va al campo de tus padres y hace ensaladas. Mi mamá decía que en el espejo de casa nos vemos siempre mejor, que hay espejos que tenemos domesticados. Los demás son salvajes, indomables. Espejos que nos devuelven bestialidad.

La réplica del *Guernica* en el hall. Espero que me abra Delia para buscar las llaves, aunque ya sé que no va a traerlas con ella y que voy a tener que subir. Con la mente ya estoy arriba e imagino la última remodelación. Tiraron una pared para ampliar el consultorio. Doblar en tamaño, más precisamente.

Repaso los cortes geométricos de los cuerpos, siempre encuentro un detalle nuevo: un filo que sale con urgencia de lo que pareciera ser la boca de un caballo enojado. El mismo frío de siempre, la frescura del mármol, catacumba de cerámica oscura. Ascensor: no se habla. Me invita a sentarme y de inmediato me trae un vaso de agua. Se acuerda de mis súbitas bajadas de presión, en verano hay que estar hidratada.

Ya vengo con intuiciones, tu madre entra como una actriz a su living-escena, agita brazos. Querida esto, querida lo otro, esta situación, no querían asustarme, pediste por mí, prefieren que no vaya, Violeta está contenida. Cierta artificialidad que no sabría a qué atribuir, si al léxico, «contenida», o a los movimientos, firmes pero calculados, coreográficos, como si supiera

imprimir la dosis esperable de dramatismo. Violeta está con sus papás, no piensa volver, y los gatos tuvieron cría.

Estoy sentada en el borde del sillón y temo dejar una huella de sudor porque las piernas me tocan directamente con el cuero, cuero de verdad. Te imaginás, advierte, que yo a los gatos no me los puedo traer, yo no estoy nunca y no la puedo comprometer a ella (con el mentón señala a Delia), además cambié recién el sillón, dice. Sus pulseras tintinean cuando se acomoda el mechón que le cae al costado izquierdo de la frente, tengo que seguir atendiendo, pero vos te arreglarás ¿no, chiquita? Lo linda que estás, vos avisame cualquier cosa, ¿querés? Sos un ángel.

Antes de despedirme me toma por los hombros, un modo de decir gracias, supongo. Me mira a los ojos sin pestañear y hace una mueca, como si quisiera sonreír con la nariz. La piel de su rostro permanece absolutamente estática, lo cual vuelve su mirada inquietante, por no decir terrorífica, una muñeca que despierta para asustar a los niños. Me invade su aliento impecable, me da náuseas, sostengo la mirada.

Delia me acompaña nuevamente a la planta baja y larga un qué desgracia susurrado, casi que ni dicho para mí. La veo a través del espejo morderse suavemente el pellejo del dedo gordo, de la mano con la que sostiene las llaves con un llavero del Hard Rock Cafe Cancún. Un auto convertible rosado.

Caballos

Me dirijo con cierto grado de inconsciencia hacia el campo de polo. No hay nadie, ni en el predio ni en la ciudad. Aprovecho la desolación, la proximidad de las fiestas, y cruzo para mirar el interior del hipódromo, justo enfrente. El trote de los caballos deja una estela de polvo que se percibe aun después de que se hayan esfumado. La tierra de la pista está tan seca que puedo sentir su sabor en los dientes, como si mordiera arpillera. Hace cuánto no te subís a un caballo, me preguntaste en la última cena, esa en la que fuimos a un lugar con piano y luz roja. Te dije que era una pregunta aristócrata, que nunca me había subido más que a un poni y me dijiste que todos alguna vez nos subimos a un caballo, que me gusta hacerme la pobre.

Por entre las rejas miro la pista y más allá no hay nada. La luz de la siesta levanta un halo dorado sobre la tierra, el brillo de las películas de Hollywood durante la Gran Depresión, el brillo de los rizos de Shirley Temple. Sé que del otro lado del estacionamiento está el carrusel. Las cosas giran en mi mente como tazas. Eso llegué a decírtelo, que las ideas me estaban girando como tazas en la cabeza. Después dejaste de responder.

Antes de pegar la vuelta me apoyo sobre la reja, dándole la espalda a la pista, y fumo un cigarrillo. Escucho la música de los recuerdos: Xuxa, el expendedor de aderezos de Wendy's, mi mamá con anteojos negros y suéter blanco, labial marrón.

Al subir el puente de Juan B. Justo, el vértigo de los tipitos de Montagne. No sé por qué, pero ahí imagino que la conociste a Violeta, siempre armé esa imagen mental. Estaban en un negocio comprando camperas y ella te dijo que te quedaba linda la amarilla. La cronología la pierdo, yo me enteré cuando la cosa ya estaba muy avanzada y casi que por los diarios. ¿Por qué los imagino ahí, debajo del puente en un local que quizás ni exista? Una invención extraña, así lo visualicé. Siempre me pareció raro lo de conocer personas en el exterior de las instituciones o las familias. Pero es cosa mía, una de mis «cositas».

La noche no te digo que me tomó por sorpresa, pero llegó un poco más rápido de lo que esperaba. No tuve fuerzas para cocinar elaborado, batí dos claras e hice una omelette baja en calorías. Mirando el huevo inflarse sobre la sartén, la consistencia de una nube, tuve sueño, un sueño muy pesado, creí que podía quedarme dormida parada, fantasías narcolépticas.

Yohaku no bi

Sobre la mesada de la cocina hay una revista de decoración. Mientras pienso qué es lo que voy a hacer el resto de mi día, la hojeo. Me gustan las revistas, pero intento pensar con lógica y no con el corazón, es por eso que en principio las juzgo de inútiles. Pero me agradan el irresistible modo de combinar distintas densidades de información, las fotos, que uno pueda comprender sin estar verdaderamente prestando atención. Me calman.

De chica soñaba con ser arquitecta porque los arquitectos que conocía tenían casas lindas, como las de las revistas. Y yo lo que más quería era tener una casa con muchos ambientes, con escondites secretos, llena de vidrio. Es por eso que empecé a arrancar el empapelado cuando mi mamá no me veía, quería dejar la pared blanca, lisa.

Uno de los ideales estéticos que guía el diseño de los jardines japoneses se llama *Yohaku no bi*, que quiere decir «belleza del vacío». Según este ideal, el vacío es la parte útil de las cosas: un vaso no es el cristal, sino el vacío de su interior.

Recipientes que hay en la casa a simple vista: floreros (dos), frascos de yogurt con tapa a presión (en cantidad), frascos de mermelada con tapa a rosca (ídem), tupperes (varios tamaños), vasos, copas, botellas, ceniceros, estuche de guitarra.

A ver si puedo ser clara con este pensamiento: faltan cosas que no pueden notarse a simple vista. Algunos libros arrancados casi al azar dejan huecos en la biblioteca del estudio, en el baño no hay ni un solo producto de higiene personal, como si hubieran vaciado para una mudanza. Las cosas que faltan, faltan de distintas maneras, hay cierta inconsistencia en las ausencias. Lo que más me perturba es lo del espejo antiguo del hall, ese estuvo siempre, de cuando vivían tus abuelos. Dejó una marca sobre el empapelado rosa viejo que nunca quisiste cambiar. Sin ese espejo, esta no es la casa que yo conocía tan bien. Le falta algo verdaderamente vital.

Los gatitos son dos y tienen días: quince, para ser precisa. Todavía no hay que darles de comer y lo mejor es no acercarse porque Materia está sobreprotectora. Les construyeron una cuna con toallas y otras cosas blandas para mantener el calor.

No soy buena para cuidar, tampoco mala, no me destaco. Es que hay gente que es particularmente talentosa en el cuidado y la responsabilidad, siempre me produjeron admiración. Personas que tienen una especie de radar que mide riesgos de accidentes y probabilidades que todavía no sucedieron, un sexto sentido para la posibilidad. La mamá de mi compañera de la primaria, Valeria, por ejemplo, ella siempre tenía el tupper con la medida justa, la curita encima, la muda de ropa extra, el buzo y las raciones perfectas, la noción de las alergias ajenas, un don para guiar grupos heterogéneos con la precisión inglesa y afectuosa de una Mary Poppins.

Una vez nos pidieron cáscara de huevo para hacer una obra orgánica en la clase de plástica, ella pinchó dos huevos con un alfiler y vació con paciencia la albúmina. Valeria llegó con dos huevos perfectamente huecos y blancos que envidié al punto de tener que contener el llanto, apretando una bolsa transparente y resbalosa con migajas de cáscara anaranjada y blanca, no muy bien lavada, porque mamá decía que igual era para enchastrar seguro, que nos habían pedido basura y que no había manera de hacerlo mejor.

Cero mental

Anoche me dieron un cristal y ahora estoy flotando. Los gatos duermen, veo sus lomos inflarse y desinflarse en un fundido encadenado con la paz de la tarde, un viento leve mueve las sábanas que dejaron colgadas en el patio cuando se fueron. Ya están secas, pero me limito a observarlas: una música, un campo, el mar.

La primera vez que me drogué estábamos en Mar del Plata. Como la mayor parte de mis primeras veces, esa también fue con vos. Decías que el éxtasis me iba a ayudar a relajarme, que era cero mental, tuviste razón. Para bajar, indicaste con seguridad médica que me concentrara en movimientos simples, que era una droga muy física. Puedo vernos tirando arena mojada hacia arriba para verla caer en forma de lluvia, puedo vernos caminando a la madrugada por una medianera, haciendo el juego del equilibrio, puedo vernos volver en un micro con las manos enlazadas y colgantes, con la mirada clavada en el cielo rosado al costado de la ruta.

Me cuesta irme y me cuesta volver. Cuando estoy adentro de la casa no quiero salir, pero cuando estoy afuera nunca quiero regresar. Es por eso que acepté aun siendo tarde, aun sabiendo que no me duermo más. Era un cristal grueso y amargo en exceso, aunque una vez en la lengua se disolvió a toda velocidad y bailar, bailar, bailar.

En algún momento llovió, el sol volvió a salir instantáneamente y, de costado sobre el sillón, llego a ver un fragmento de cielo ridículo y limpio, tan azul como un detergente. Moebius se despertó y me trajo su ratón de felpa. Es un cachorro, aunque ahora sea padre, y todo lo que quiere es jugar. Tengo el cuerpo en punto muerto, de todas formas lanzo lo más lejos que puedo el ratón, al que preferimos no darle un nombre para no sentir piedad. Bautizar es dar comienzo a un vínculo, a la empatía.

Reviso los cajones. Busco con desesperación cinta aislante, hay un cable que hace falso contacto. Si no lo arreglo me voy a quedar sin batería y por ahora no tengo otro modo de comunicarme. Estaba segura de que iba a encontrarme con tu laptop, por eso ni atiné a traer la mía, pero no está y no creo que la tengas vos, dejaron en claro que no ibas a estar comunicado de ningún modo por ahora.

¿Por qué guardás un cuaderno horrible que te hice? Lo encontré mientras buscaba la cinta. ¿Por qué habrás guardado, entre todo lo que hubo, eso en particular? Una manualidad patética y sin valor, o más bien con valor, sí, pero un valor confuso. Me enoja profundamente que, entre todas las cosas que nos podrían representar, decidieras elegir un cuadernito tapa blanda decorado por un collage presuntuoso y pseudosnob.

Ciertamente no esperaba encontrarlo y me produjo una desazón tremenda, como si toda nuestra

vida juntos se resumiera en ese símbolo tan poquita cosa. Lo abrí. Me invadió el cuerpo, comenzando por un estremecimiento en el estómago, la sensación de que podías verme encontrando tu secreto, violando la intimidad de la madera de los cajones cerrados. Como la mirada de una madre en la nuca, unos rayos equis que te cortan la circulación hasta dejarte pelada. Como la mirada de mi madre a través de la puerta entornada el día que Barbie tuvo sexo con Ken por primera vez. ¿Y si todo el contenido de este cuaderno es para mí? ¿Y si todo fue una *mise-en-scène* para que me encontrara con esto? «Estamos a punto de explotar, espero que nunca leas esto.» Un set armado para expulsarme, incluso en mi imaginación.

Tenía un recuerdo vago, reprimido a propósito, me dio y me sigue dando vergüenza haberme hecho la artista. Las chicas que te conquistaban eran verdaderamente alternativas, todas prometían ser pintoras, cantantes, todas me parecían una amenaza, todas tenían mejores ofrendas que yo. Sospecho que nunca te lo dí, que me lo robaste, no tengo el recuerdo del momento de entregarlo ni de la frase que pegué sobre el lomo dividida a la mitad: «sin miedo», de un lado, «al silencio», del otro.

Ahora voy a dormir en tu cama, como esa noche que vine en un taxi que no podía pagar. Te llamé una y otra vez hasta que te despertaste, me saliste a abrir en pijama y te di un beso de esos que duelen. Nos dábamos un beso, yo encima tuyo, y de repente me miraste a los ojos: ¿Qué es lo que te pasa?, ¿qué es lo que querés?, me dijiste. Fue antes del cuaderno, de eso estoy segura. No teníamos gatos todavía. Vos tampoco sabías cuidar nada.

Inteligencia espacial

Violeta dejó, entre algunas cosas inconexas, su Coco Mademoiselle y gran parte de su ropa. Así que no lo pude evitar: revisar todo, usar todo. Soy una niña sola en la habitación de una madre arruinando labiales y chancleteando zapatos de taco que me quedan grandes. Me invento excusas a mí misma, me olvidé mi perfume.

Voy a estar todo el día afuera en un plan ridículo que incluye a mi primo, el del leve retraso, y la ciudad de La Plata. Quise ser, por una vez, una persona solidaria cuando acepté ser su compañía, lo que no sabía era que no iba a poder pegar un ojo anoche. Por momentos presencias, una energía rara, me invade la certeza de que algo va a suceder, un robo. La imagen de alguien que entra desde el techo. A veces me levanto, también, para revisar una a una las hornallas, me aterra la imagen de morir en una explosión, salir volando por los aires.

Nos abrimos paso en la autopista escuchando una electrónica inofensiva, música que jamás hizo llorar a nadie y que es probable que desaparezca por completo en el futuro, como las pieles de los dinosaurios. Fantaseo con agarrar la ruta y seguir hasta la playa no sin antes poner Manal. En verano solo puedo pensar en el mar, y yo prefiero, tanto costa como rock, argentinos. Tus intentos por hacerme sentir mal por amar la arena gruesa, el agua fría, el viento violento fueron en vano. Jamás seré de las chicas que dicen que se van a «Uruguay», cuando bien sabemos que quieren decir Punta del Este y que Punta del Este no es Uruguay, sino un paisaje distópico y alienígena de gente que solo puede vestir de blanco.

Tomamos guaraná (dice que es como speed), muevo instintivamente la cabeza para no quedarme dormida. A mi primo el retrasado parezco darle pena, me entrega un cubo mágico plateado que se vuelve un prisma imposible, me siento una criatura que necesita ser entretenida constantemente o se disuelve. Intento una y otra vez armarlo, oscilo entre sentirme una genia y una imbécil, no tengo inteligencia espacial.

En La Plata hace un frío inesperado, tomamos cerveza artesanal y una campera Adidas deportiva aparece como por arte de magia sobre mis hombros cuando empiezo a temblar. Siento una tristeza de esas –aunque a veces me confundo tristeza con la temperatura– de juntar ramas en un campamento para el fogón. Esas ramitas no significan nada, la juntada es un símbolo para mantener al grupo ocupado, un ejercicio disciplinario, la mayor parte no va a encender.

Materia

De noche la casa llena de sangre y tus novedades, un terror precario y tercermundista. Junté los vidrios, armé un cuidadoso paquete, puse azúcar sobre las heridas que alcancé, limpié con un trapo, como si se pudiera limpiar sangre del mismo modo en que se limpian restos de comida. Materia quedó alerta, agazapada como para volver a atacar. Ese gesto de desconfianza me derrota, tenerle miedo me hace sentir que fallé por completo.

Lucas me mandó un mensaje, dice que tu mamá le escribió a él también y que está angustiado. Yo le respondí que va a estar todo bien, aunque en realidad no lo sé. Con la casa así a oscuras y los pedazos de vidrio en las manos no sé lo que digo, la verdad. Yo también estoy desconfiada, en realidad, oscilo. Quiero que la gata me vuelva a querer y es lo único que me importa en este momento. Quiero sentir que triunfé. Quiero que la casa, tus cosas, vuelvan a su prolijidad estática y bien iluminada. Él pregunta qué pienso de esto, ¿qué pienso? Yo no sé, en tu diagnóstico tengo un punto ciego.

Que me haya atacado la gata que yo misma te regalé debe ser una gran metáfora para algo que no entiendo, porque el dolor y la urgencia por devolver todo a su lugar no me permiten relacionar poéticamente los hechos de una vida llena de vidrios rotos. Enloqueció de un modo que no pude prever, así son los accidentes.

Era un demonio prendido a mi pierna con la fuerza de mil rayos, sabía que no podía arrancarla, que eso podría sacarme un cacho de carne. Son increíbles las cosas que uno sabe con certeza en el borde de la urgencia: una templanza particular enlazada con la desesperación. En un momento se clavó con más fuerza y, al retorcerme, con contundencia atravesé con el brazo la puerta del living.

Solo me hice cortes superficiales, pero las manos sangran mucho. En el hospital me dijeron que de milagro no me corté alguna vena. La idea de que me encontraran muerta en bombacha en el living de tu casa me dispara a titulares de diarios sensacionalistas: chica sin futuro ni profesión muere desangrada en la casa de un expsiccótico tras confuso episodio con un felino de instinto maternal exacerbado.

Después de la guardia decidí salir a una fiesta, así, con las vendas. No quería enfrentarme de inmediato con Materia ni con el resto de la limpieza, y el dolor se había disipado ya. A veces, de tan solo escuchar la voz de un médico, quedo sedada. Bailé todas las canciones y volví cuando era lo suficientemente de día como para que no me diera miedo atravesar el pasillo, me aterrera el pasillo oscuro.

Contra natura

Es tu cumpleaños, pero la orden de no visitarte hasta que la cosa se calme sigue firme e inamovible. Dormí lo que pude, me despertó el calor. Era cierto lo que decías, que arriba no se puede estar sin el aire encendido. No es por contradecirte en todo, hice el intento porque me parece que me seca la piel, la garganta. En la casa de mi madre estaba directamente prohibido el aire, era considerado peligroso, contra natura.

Volví a barrer, mañana viene mi primo, limitado pero mañoso, a colocar el vidrio que rompí. Me resulta inverosímil que un cuerpo pueda atravesar otro cuerpo y destruirlo. Terminé de limpiar algunas gotas de sangre aisladas y los cristales de azúcar que habían atraído a un ejército de hormigas y moscas en forma de corazón. Baldeé el piso, sigo sin poder abrir el lavarropas y no quiero pedir ayuda. Temo por los bebés, no me puedo acercar mucho porque no quiero invadir a la gata, sobre todo no después de lo que pasó.

Armé una lista con todo lo que necesito para sobrevivir el próximo mes o lo que dure lo que sea que esté haciendo. A cada segundo que pasa tengo más dudas sobre qué es lo que realmente estoy cuidando. Me abruma volver a abrir la agenda, la traje pero la dejé en una mochila que desde que llegué no volví a tocar. Tengo cosas concretas a las que enfrentarme, trámites, abogados que parece que prefiero olvidar. Me distraigo inventándome dudas, urgencias y hechos contemplables.

Hubo una luz encantadora en un momento de la tarde, le saqué una foto a Moebius durmiendo estirado sobre la cama, el lomo de los animales dormidos es el retrato de la extemporaneidad, quiero ese sol dorado para siempre, quiero ser una criatura dormida y tibia.

Mientras cocinaba, los gatitos empezaron a moverse por la casa. Dan pasos torpes y vuelven a la guarida. No quiero mirarlos, adivino por los sonidos, son como pompones que golpean el suelo. Hago cuenta de que no es la gran cosa, Materia sigue amenazante, me ronda como avisándome que no cometa la idiotez de querer apropiarme de sus hijos. Me ronda como una leona.

Buena fortuna

Lloraba dormida. Sus gemidos me producían náuseas. Eran unos espasmos guturales que parecían más asociados al dolor físico que a la angustia. Lloraba tanto que la cara se le deformó. Nunca me acostumbré a sus nuevas facciones, no era ella, los ojos hundidos y siempre fundidos en una capa de alcohol. No era ella.

Rompía copas de cristal y las reponía para volverlas a romper. Me clavé vidrios en los pies más de una vez antes de entender que, en casa, siempre iba a tener que estar calzada. Rompía copas y lloraba escuchando música barroca, progresivamente se había ido soltando de todo lo que tuviera algún mensaje claro, de las palabras. Dejó también de leer.

Una noche me despertó el humo que venía de la cocina. Las velas rosas que había prendido para la buena fortuna en el amor habían encendido su mantel favorito y ya se estaba prendiendo la mesa. Mi primer impulso fue ahogar el fuego con un repasador. Era un fuego chico.

Mi mamá casi quema la casa, te dije al otro día. Optaste por no creerme, tratarme como una mascota que hace morisquetas para llamar la atención. Esa noche mi mamá casi quema la casa con nosotras dos adentro.

El huso

Me desperté con un dolor insoportable de garganta y mucho frío. Cada vez que empieza el calor, me enfermo. Voy en contra de la lógica de las estaciones. Dormí un poco más. Mientras me duchaba pensaba qué llevarte de regalo, si es que algún día pudiera ir a verte, respirar se tornaba a cada segundo un poco más difícil. Quizás sea un ataque de pánico, sí, es mental, me repetía, pero de repente la garganta se cerró del todo como una puerta de metal. Tosí, lloré: reacciones automáticas. Me doblé sobre mí misma e intenté hacer ejercicios de vaciar la cabeza, abrir el pecho, indicaciones que aprendí en lecciones de yoga por Internet.

Edema de glotis. Adrenalina pura intramuscular. Con la inyección, la sensación repentina de la laringe expandiéndose, volviendo a su flexibilidad natural. Se relajó la tensión del cuello bastante rápido, aunque yo seguí asustada, floja y alerta al mismo tiempo. Tardé en ir al hospital porque me negaba a tener que caer en la guardia dos veces en la misma semana. Una especie de bloqueo superyoico relacionado con la vergüenza, como en esa época en la que no podía hacer trámites. Pensaba que el resto de las personas tenían en claro cómo se resolvían las cosas y que se iban a burlar de mi inoperancia.

Se terminó de romper el cable de cargar el celular. Espero que la medicación me dé sueño, porque si no, esta nada puede resultarme insostenible. Mi primo no vino y lo que quedó del vidrio de la puerta tiene una punta inquietante, una estalactita filosa y letal.

Pensé en sacarla, premonición del corte. Como el huso de la rueca que hipnotiza a la Bella Durmiente hasta que voluntariamente se pincha, yo también me dejaba atravesar. En el cuento, lo conocido: ella se duerme y el príncipe lucha contra dragones y malezas vivientes, el beso la despierta de la muerte.

No es que quiera lastimarme verdaderamente, fue solo la velocidad de mi imaginación, pero esa imaginación me hizo dudar. Es ciertamente fascinante lo que trasluce, pero yo jamás podría entregarme de ese modo a una herida, por más tentadora que sea la idea de que alguien luche contra todo para salvarme a mí.

Cortesana

Lo nuevo: soy alérgica. Probablemente a las plumas, tus almohadas me dan idea, sensación; o al pelo, son demasiados gatos, hay que aspirar urgente y darle constancia a las actividades de limpieza, procurar no romper nada más.

Por una casualidad, empecé a coleccionar estampitas. El otro día pasé por la librería de saldos y me encontré un Jesús dentro de un libro dedicado «A María de los Remedios, que nunca te falte el amor ni la fe». No es por burlarme de la religión, pero les veo algo similar al tarot, así que las tomo como señales, como mensajes. Es la estética, una vibración medieval.

Estoy todo el tiempo haciendo rituales para conservar la calma. Cocino en cantidades industriales platos que terminan en la basura. Te pienso en un espacio gris con la mirada perdida y me recorren gusanos todo el cuerpo, desde la panza hacia la garganta, quieren salir.

Me miro la daga colgada al cuello y en combinación con el vestido negro me veo como una caricatura, una oscura: existencialista, esotérica, cortesana dark juntando hierbas en un campo, quemada en la inquisición con vos, que eras alquimista también.

Un pequeño murmullo me interrumpe en las tareas. Los mellizos están en nuestra puerta, intentando no hacer ruido del modo en el que los niños intentan, en vano, ser sigilosos. Hay una hechicera haciendo brebajes, dicen. Los escucho mientras corto cebolla. Levanto la vista para no llorar y ahí lo veo: un caldero de hierro negro en el estante de las porquerías, sobre mi cabeza. De un salto salen corriendo y los oigo esfumarse luego de ser sorprendidos por mi ojo redondo mirándolos primero, cuando intentaban espiarme a través de la cerradura.

La mancha

Sigo sin poder dormir más de una o dos horas de corrido. Pensé que, con los corticoides, quizás me daba un sueño más bien pesado. Pero por ahora nada. Sí tengo muchas ganas de fumar, o son mis ganas regulares de fumar que, ante la prohibición, se aparecen más intensas y urgentes. Sería una buena excusa para volver a dejar, aunque no quiero ni proponérmelo para no enfrentarme a otra frustración. Estoy fea, tengo la piel mal y el pelo se me volvió a caer. Lo único que hago es mirarme, pero no hago nada para cambiar nada. Me gustaría que Google solucionara todos mis problemas. Busco: cómo adelgazar los cachetes. Hago muecas, cara de conejo frente al espejo.

El tema que nos destruye es el de las elecciones. ¿Adónde va toda la proyección del bienestar cuando elegimos mal? Se instala entre las fisuras, se solidifica en lugares que uno no sabía que existían y ciertas partes miedosas se vuelven a unir, pero es por un tiempo nada más, falta un golpe seco, en un azulejo con humedad detrás, por ejemplo.

En la casa hay de esos azulejos hinchados y otros problemas, broches de madera a punto de desintegrarse, canillas que no cierran, pero voy a intentar no desquitarme con nada, fuera las profecías autocumplidas.

El futuro no lo sé, a pesar de tanta planificación: I-ching, lacaniano, astrología, tarot, piedras y homeopatía. Espero recibirme rápido, pero la carrera viene lenta, como todo en estas facultades; estoy en el punto chicle, acumulación de finales que no puedo dar. Vi *El estudiante* y pensé involucrarme en política, me vino un espíritu idealista, vórtice marxista, el miedo a los años que vienen, el vaciamiento. Ya sé lo que pensás de esto.

Debería centrarme en solucionar mis cosas en vez de intentar preservar lo que nos van a sacar, resolverme así, a nivel personal: comprar un auto, ponerme en pareja, etcétera. Salir del limbo, destrabar. Mi mamá me decía que la vida a veces se desanudaba de golpe, que ella estaba perdida, o enroscada, y que un día desanudó todo de golpe. Lo que nunca entendí bien de la metáfora del nudo es por qué estaría bien desanudarse. ¿No te da una sensación de caída?

Ahora me preocupa que este pasillo esté oscuro; entonces, intento no salir ni entrar mucho, es un desafío, una competencia conmigo. Es que este encierro sin el sol no lo soportaría, es la luz la que me ayuda a mantenerme en la casa.

Estos días mucho no poder, mucho leer para vencer la imposibilidad de acción, mucho no hablar con nadie, la voz empastada sobre sí misma de no usarla, de solo dirigirle un hola al vecino gordo que, por alguna razón, siempre está en la puerta, lo veo cuando salgo y entro del chino o de la farmacia, mis únicas excursiones.

Siempre que me falta alguna cosa, rezo hasta el final para que alguien pueda resolverlo por mí;

cuando no es así, me muevo lenta, me protejo de robos y accidentes con un mantra que dice: Protegeme, protegeme. A veces te voy contando todo lo que hago con la cabeza, también les hablo a los gatos.

Un ping-pong en mi cabeza, prender o no prender un cigarrillo que sé que va a doler. Vos me incentivarías a que lo hiciera. Nuestros desacuerdos siempre tuvieron que ver con esa clase de cosas, con cómo y hasta dónde cuidarnos.

Me quedé despierta, me da miedo pasarme de largo, a las ocho tengo que tomar los remedios. Moebius lloró fuerte, estaba aterrado y yo no entendía de dónde venían los maullidos. Me sorprendió la estupidez de tu animal, la verdad: se había quedado paralizado en un borde fino de la medianera sin saber cómo volver. Tuve que subir a la terraza en camisón (de Violeta, claro, vos sabés que yo no uso camisón) e indicarle cómo regresar. Necesitaba apoyo moral, se ve, porque finalmente encontró el camino cuando le empecé a decir: Vení, vení. Ahora en la cocina se choca con todo, la cabeza contra el bajo mesada hace pum, mueve de un lado a otro su bowl de metal que chirrea cuando raspa la cerámica. No tengo voluntad para intentar siquiera comprender qué pasa, qué intenta hacer.

Me escuchó teclear y vino con su ratón mugroso, lo puso sobre la cama y me dieron arcadas. En una hora me tengo que despertar para tomar la medicación. Quiere jugar, yo no quiero. No nos estamos entendiendo. La escalera esa es demasiado empinada, la terraza está sucia, acumulación de años. Cuando caminé por el borde, como si yo misma fuera un animal con buen equilibrio, me acordé de esa noche en la que me caí desde un primer piso y lo único que me hice fue un corte en la espalda, otra vez la premonición del accidente: golpe letal en la cabeza, sin teléfono, con todos los vecinos durmiendo. Mi cabeza estalla contra el suelo como una sandía.

Esa vez que me caí en el hueco de la escalera, Juan me sacó el vestido y me curó en el baño. Antes de desmayarme, que fue lo que confirmó la necesidad de salir corriendo a la guardia, yo le pedía perdón. ¿Por qué?, me decía. Me desperté unos segundos después, nunca le contesté. En el Hospital Italiano fueron amables en la admisión, me limpiaron, me pusieron una gasa acolchonada y me hicieron preguntas sobre sustancias, posibles embarazos. Me metieron al tomógrafo por el desvanecimiento, me hicieron radiografías para descartar alguna rotura en las costillas. Fue un cortecito que ni puntos necesitó, en la espalda, tengo la marca, el vestido tuve que tirarlo, no se le iba la mancha.

Esperanza incompleta

Sigo sin teléfono y, por ende, sin despertador. Desayuné en un horario ridículo yogurt y frutas, quiero volver a estar flaca, pero del lado de la salud. Tengo que ir a firmar unos papeles con mi tía al centro, temas de la sucesión interminable. También tengo que pasar por la facultad por un trámite de la libreta definitiva, nunca la tuve y, al parecer, eso de repente es un problema, o eso decían unos amenazantes mails que llegan todos los años, pero que hoy me interpelaron: repentino respeto por la institución. Tengo que ir a hacerme los chequeos médicos que debería haberme hecho hace siete años, cuando entramos a la facultad. Hay vacunas que no tengo, vacunas que no tengo por capricho: la de la hepatitis B y otra más. Nos las daban a los dieciséis, pero yo no quise y nadie me dijo nada, como cuando me quise sacar los brackets antes de tiempo y me ayudaste a arrancármelos con una pinza.

Se me va el tiempo en pensar en resolver más que en estar resolviendo, intento armar un cronograma y, una vez que lo logro, resulta imposible de cumplir. Parte del problema es el compromiso con la realidad: soy en los extremos, llegar a todo o no hacer nada en absoluto.

Un raptó por tomar el control, el control de algo inespecífico, no importa qué, es la sensación de tomar las riendas, me hace salir. Antes saco plata de la lata con forma de bus de dos pisos, tengo que comprar el cable del cargador, cargar el teléfono, tener novedades. Fantaseo con que tengo miles de mensajes, seguro me llamó Anita para combinar.

Libertad rara. Espero tus telegramas anímicos como parte de una obligación de la que no puedo ni sé si quiero escapar, tengo una esperanza incompleta, porque no sé qué va a pasar más adelante, esperar a que te armes de nuevo, acompañarte y después: nebulosa.

Estaba saliendo con un chico, pero no hablamos desde el sábado. En realidad ayer intercambiamos, aunque mínimamente. Es una especie de adicto al noviazgo, en general, yo no tengo nada que ver, o sea, no es que quiera ser novio específicamente de mí, mío. Lo que noto es que le pone una energía sobrenatural: propone planes constantemente, es curioso acerca de mis opiniones y le parece simpático todo en torno a mí, todo le parece una parte muy yo de mi personalidad, así dice: Ay, sos tan vos. Me mostró unos temas que hizo, es músico. Me gustaron. Creo que esperaba algo más específico como devolución, le expliqué que no me destaco ni por mis conocimientos musicales ni por el sentido del tacto. Veremos si logra sostenerse así, con las ganas asimétricas, que en este caso no es que uno tenga más y el otro menos, es que tenemos diferentes expectativas, expectativas hechas de distintas materias que no encajan del todo, pero tampoco molestan. Veré cómo decanta, no quiero hacer movimientos, en la quietud también hay respuestas.

La velocidad

Esta mañana hablé con Juan hasta que el sol brilló mucho sobre la membrana metálica de la terraza. Aniquilamos lo que quedaba de mi Marlboro box y después fuimos por unos Parisiennes que encontré en el segundo cajón de la cocina, que terminaron por desaparecer el rastro que sobrevivía de mi voz. La charla se fue elevando en minuciosidad: repasar cada detalle, volver a contarnos todo lo que sabíamos, las últimas veces que habíamos compartido en grupo, las señales. Revolví en nuestra historia buscando un gesto de anticipación, mi problema de confiar en la historia, de creer que somos puras reacciones en cadena, que hay una lógica posible de dilucidar, un hilo invisible que une y tensa todas las cosas.

Me dormí a las siete de la mañana y me levanté pocas horas después, sobre todo porque necesitaba sentir que podía cumplir objetivos. Hice una lista con la mente: - Gustavo (debo una sesión) - agua mineral (comprar bastante) - banco (¿ya cerró? ¿qué hora es?) - leer esa pila de libros - leer un libro - leer más tarde.

A los lugares tengo que salir con tiempo de sobra porque soy lenta y me distraigo. Desde siempre así: la última en bajar del micro después de las excursiones, arrastrando el buzo bordó; la última en obtener la preciada porción de chocotorta en los cumpleaños; la que se quedaba sin los caramelos de la explosión de la piñata, la que acumulaba peines de plástico inútiles y había desarrollado un particular cariño por el papel picado. Siempre dudé de si mi madre me lo contaba con amor, lo de mi velocidad particular, como si lo vinculara con cierta sensibilidad; o si, en realidad, para ella era todo una prueba de que su hija era tarada. De todas formas, en vez de luchar contra mí misma, intento salir con tiempo suficiente, incluso tiempo de sobra, para poder caminar si lo necesito, no tengo buena relación con los colectivos.

Me ataca una sensación de inestabilidad cuando estoy llegando tarde, una voz dentro de mí me dice que es mejor abandonar el intento antes que fracasar; las opciones de transporte aparecen poco claras, todo se acelera: el tiempo, las ideas, el ritmo cardíaco, me va a odiar si le cancelo, pero si le digo que no salí me va a odiar más, no le puedo decir, pero le tengo que decir, si me tomo un taxi igual ya no llego, bueno, tranquila, vísteme despacio que estoy apurado, tomate un taxi, no, pero no llego, okey, cancelá, pero qué excusa le pongo, y así.

Falté a terapia y en su lugar me senté en la vereda unos minutos a mirar lo que pasaba, el ritmo del viento me hizo acordar al secundario; los últimos días del último trimestre, aprovechar las faltas que nos sobraban para quedarnos en la puerta tomando sol, el sánduche finito de queso, pollo y tomate que comprábamos en el kiosko de Esther, el momento en que dejamos de tener

horarios y nos acompañábamos de tu casa a la mía y de vuelta, hasta que nos daba hambre o sueño.

Necesito la contención de un trabajo serio, tener una rutina, levantarme todos los días con un norte, tomar siempre el mismo subte, tener un box y pegarle fotos del Caribe, realizar actividades mecánicas frente a una computadora, usar camisa, anhelar la llegada del fin de semana, tener un sueldo predecible, ir al gimnasio, quizás, adoptar un perro. Comí un pedazo de queso y busqué cursos de meditación gratis en Internet. Tomé agua y café y lloré, con las dos manos sobre la vista, como una doncella.

Donde viven las cosas salvajes

Estoy haciendo anillos de humo, los años que pasé sin fumar se fueron por la borda, como si nada, estoy entregada al vicio estético. No solo consumo, los ruidos de los vecinos me desgastan, son como bestias, aúllan. El techo se abre, como en ese cuento que te debo haber contado mil veces, aunque nada me asegura que lo recuerdes. Una noche Max se porta mal y su madre lo manda a dormir sin cenar, aparece en el bosque y se vuelve el rey de los monstruos. Sin madre, sin reglas, sin nadie que me mande a dormir, estoy como él, a la deriva, intentando reinar o domar algo que está en mi imaginación, el vaivén de tu psicología.

Les amours imaginaires

Vi *Los amores imaginarios* entera por primera vez, siempre me había costado, quizás porque es la clase de película que todo el mundo asume que debería gustarme, y yo prefiero siempre desconcertar. Es la historia de la historia. Un triángulo romántico absolutamente burgués y estético. Es tan afectada, tan impostada, que terminó por parecerme sumamente realista. El uso de la cámara lenta duele. Duele como conocer a la nueva chica perfecta de un ex que te importa y que te va a importar siempre, como el día que comimos por primera vez con Violeta en mi cumpleaños, «Cool» de Gwen Stefani. Todo es imaginario, el amor es siempre imaginario, como una vez decíamos, ¿te acordás? Que el amor es un soliloquio. Un soliloquio tuyo, mi turno de hablar nunca llegó.

El novio que tuve estos días fue como el de la película: le hice regalos, me hice peinados. Hice toda la performance del amor, los mensajes lindos, para nada. No me sirve ni para distraerme, hasta que reaparezcas y me vuelva el pegamento a las piezas que me quedaron desperdigadas, todo se siente como una perfo, todo levemente actuado para alguien que ni siquiera me está mirando.

Cucarachas

Me enfrenté a la primera cucaracha de la temporada, son tan exuberantes que no se entiende por qué nos resultan desagradables, son casi una oda a la vida de lo rechonchas y succulentas, qué asco. Como me dio pena matarla, la agarré con un trapo y la saqué de la casa. Nunca había sido tan valiente.

Oí el golpe una cuadra adelante, sobre Billinghamurst. Estábamos yendo a comprar clavos para asegurar el vidrio en el marco de la puerta. El tipo con el tobillo afuera, el blanco fluorescente del hueso. Un puñado de clavos sale dos pesos, él me decía: Habría que estirarle la pierna, no mires. Pero un poco miré.

De vuelta por la avenida, fotografié la vidriera de un local que vende relojes de arena, miré telas plásticas de las que sirven para hacer manteles. Cociné un pollo, por unos segundos volví a mi eje. Cuando salí del subte, en el centro se largó a llover fuerte, compré un paraguas barato, transparente. Volví en un taxi mirando el asfalto mojado y las luces volverse manchas. ¿Cómo será la vida de cada persona que vive a lo largo de la avenida? Hice imágenes posibles con las casas a las que entré en mi vida. Collages con las casas en las que viví en mi vida y los trucos de cada una, el truco de esta, de nunca cerrar con llave la puerta, para no quedar encerrada afuera, en el pasillo que no tiene luz y está lleno de cadáveres de juguetes.

Como un motor

No estoy embarazada. Me quedé pasmada frente a mi propia sangre, no tenía a quién consultarle. ¿A quién decirle que creo que estuve embarazada y que ya no lo estoy? ¿Mi madre me hubiera ayudado a entender mi cuerpo? ¿Mi madre se hubiera encendido de repente como un motor al saber que estaba perdiendo a su posible nieto?

Un coágulo prendido a un alien grisáceo parecido a una lagartija, dolor abdominal intenso. Me quedé frente a mi cosa perdida, no me atrevo a llamarle de otra manera; sin embargo, los ojos se me cristalizaron. Me juré fingir que nunca sucedió, que no me fui por la tangente de la fantasía pensando en un hijo redondo e inconveniente para criar con amor, tomando como ejemplo todo lo conocido, la gata con sus cachorros. Empieza a caminar y hay que ir corriendo atrás para que no se golpee. En las imaginaciones con mi bebé vos no estás. Estoy sola yo con él y se me ve plena, pinto su nombre con acrílico en la puerta de su habitación y visto colores amables: celeste oscuro y blanco.

Espero noticias tuyas, encarno una postal de guerra, una mujer que espera un mensaje o la confirmación de una muerte. Es ridícula la cantidad de puentes que hay que hacer para comunicarnos en plena era de Internet. Fumo para matar los tiempos que no entiendo cómo usar: el cigarrillo me produce el mismo displacer de siempre. El humo se pega al paladar y, de inmediato, la falta. Llenarse de humo es llenarse de una contradicción, una sustancia insustancial. Matarse lentamente, como hacen los cobardes.

Busqué una mochila con ropa, también traje cremas y toallitas y tampones. Me animé a colgar mi ropa en el placard, y eso lo consideré un triunfo. Fue un gesto, a ver si puedo continuar de alguna manera con la rutina, sin la excusa de que no encuentro nada. Tener los bolsos armados todo el tiempo es la evidencia de no estar acomodándose en ningún lugar. Ocupé un estante y cuatro perchas, como si me importara que las cosas no se arrugaran. Hice ritos de belleza, compré un cepillo para sacarme de la cara las impurezas, viene con una vincha blanca. Me depilé las cejas y tomé agua tibia con limón.

Ideas mientras me lavo la cara. Cuál será la relación entre el agua y los pensamientos. De la invasión de alacranes no quiero ni hablar. Hay que revisar las sábanas antes de acostarse, aun así podrían entrar por cualquier lado. Ahora está todo ese tema de la posverdad. Me anoté que debo investigar, sobre todo para charlar cuando en las fiestas se acaban los temas de conversación. Lo que me aburro últimamente, no te das una idea.

Un relámpago

Me probé el vestido de novia de mi mamá. Ayer, cuando fui a buscar más ropa. Está intacto, el tiempo no le imprimió ni una sola mancha. Nunca se me había pasado la idea por la cabeza, es un vestido sencillo, todo fue sencillo. Un civil sobrio y una comida pequeña con mesas decoradas con ramilletes de jazmines. Siempre imaginé que iba a quedarme grande, quizás porque siempre me sentí chica, como si en mi imaginación hubiera quedado impregnada la idea de que el vestido era para gente grande que se casaba. Tengo la edad de mi mamá cuando se casó. También tengo su color de pelo y sus ojos y sus rodillas chuecas. Consideré llamar a mi padre, fue un pensamiento de una milésima de segundo que descarté, como cuando se me ocurre volverme vegetariana: un relámpago que desaparece.

Las espinas

Al te quiero me respondiste ídem. Días en cautiverio. Quise decirte yo también, pero intentar robar el protagonismo de una tragedia es de lo más detestable de nuestra generación. No preguntaste por la casa, miraste los videos que te mandé. ¿No te da ganas de hacerte una sopa de gatitos?, dijiste. Sí, son comestibles en algún sentido, todo lo que tiene que ver con el amor es comestible, engullible, vomitivo. Qué ganas de dejar todo y volver, expresaste como si estuvieras de viaje. Me dio una gracia seca, reírse con un solo ja, como una tos.

Tengo los dedos llenos de espinas finísimas, me las clavé intentando manipular una planta desconocida que está colocada inconvenientemente cerca de las piedras de los gatos. ¿Es egoísmo pensar en nosotros o es iluso querer pensar únicamente en vos y en tu evolución? Con menos pastillas vamos a poder hablar mejor, decís. A mí me da miedo que no puedas ser quien sos. Me las saco una a una con una pincita de depilar. Tengo que hacerlo una y otra vez, porque siempre queda alguna que no vi. ¿Será mi cuerpo capaz de asimilar una espina como propia, de tragarla y conservarla? ¿Daré origen a una nueva mutación de humano-planta? Las sacaré al enojarme, te pincharé cuando te agarre un ataque, pero no por lastimar, porque a veces uno se calma ante lo que podría ser un ataque.

Ahora hablamos sin intermediarios. Como los bebés que están empezando a caminar, tenés que ir de a poco, aprendiendo un lenguaje nuevo para conectarnos. Medianoche de hoy, el día siguiente. Saber que vos mismo me podés decir estoy bien, por más que estoy bien esté vaciado de significado, porque ¿cuántas veces decimos estoy bien cuando alguien nos pregunta cómo estamos y en realidad somos pura fisura? Hay algo en que seas vos y no otro el que me dé tus telegramas anímicos que me resulta alivante y terrible. El modo en el que usás las palabras es un modo zombi, sos y no sos vos al mismo tiempo. O quizás vos siempre fuiste este despojo de sentido y yo no lo supe ver.

Estado de flote

Leí en un libro que los días no son personas, que los días son soldados. Cuando no hay nada concreto que esperar es así, no hay forma de medir verdaderamente el tiempo si no hay hitos. Divido mi experiencia a través de los mensajes y los sueños e invento cuentas regresivas absurdas. Vos sos el aislado, pero yo me siento adentro de una cámara Gesell.

Soñé que le robaba el primer marido a mi hermana y que mi primo hacía un asado en su habitación. La parrilla estaba hecha de perchas y la comida mezclada con prendas de ropa. Para volver había que esperar un colectivo al costado de una estación del tren de la costa, yo comía alfajores con mis amigas y ahí veía al chico con el que salgo y le decía: «No me gusta que uses siempre la misma camisa» y me ponía a llorar, él no se movía, no registraba. Estaba duro.

Hoy tocaba en un lugar y yo me quedé dormida, le dije que había sido un día complicado y no me contestó. Ya no me pregunta por vos ni cómo estoy, cómo me adapto; ya sabe todo. Se está terminando. Tocaba cerca del Abasto y todo lo que hay en el barrio me hace acordar a vos: los restaurantes peruanos y los teatros. No puedo tener un novio que no seas vos. No tengo energía para continuar con la simulación.

Mientras dormía, Materia mudó el nido. Ahora duermen los dos bebés detrás del sillón, del lado de la ventana. Anoche bailé sola hasta la madrugada. *El amor después del amor* y *Virus*, toda la noche cerveza en lata. Bebidas más fuertes no, nada de eso, emborracharse suave en verano es lo más prudente. En el invierno es diferente, los licores y los chocolates tienen sentido, hay que poner capas, en el calor hay que imprimir distancias. El dolor es intenso y constante y se va a solucionar durmiendo un poco más. Vivo a modo de flote últimamente. Nadar con la cabeza afuera, haciendo círculos con los brazos cerca de la superficie, como las viejas en las piletas.

Decías que tengo un costado hippie, pero que nuestros costados hippies son distintos. Que no nos cruzaríamos ni en un millón de años si solo dependiéramos de nuestros costados. Decías también que la idea del dolor no la había sacado de los griegos, sino de las películas norteamericanas, que no sería ese placer estético de festival, esa suspensión letárgica sobre el padecimiento en color pastel; sino el de una película mala. Películas de familias con conflictos en torno al consumo en Navidad. Con moraleja. Me pareció pasivo-agresivo, pero entendí y sigo entendiendo que tenías un punto y te dejé. Una vez más nos convencimos de que lo que pensamos del otro es la más justa definición.

La luminosidad

Mi madre tuvo cierta formación inespecífica. Eso me pesaba, pero como pesan las cosas que siempre están ahí, simplemente tiñen la realidad, como una persiana que solo abre hasta una altura determinada. Sabía de muchas cosas, siempre estaba viendo documentales de televisión, pero antes de eso, pude deducir, era una ávida lectora. De tanto en tanto decía una verdad demoledora que atesoraba. La luz solar es un antidepresivo natural, largó una mañana entregándome el desayuno como quien reparte cartas, con un cigarrillo encendido pegado al labio inferior. Obtener luz solar me obsesiona, a eso suelo atribuir mis problemas para dormir: siempre estoy esperando que sea de día otra vez.

A las siete de la mañana la luminosidad es absoluta, los objetos tienen sus límites claros, todo se recorta perfectamente del fondo y eso nos dota de cierta perspectiva. Pareciera que una verdaderamente es capaz de hacer alguna cosa, no trascendente, pero sí al menos contundente. Todo decae en el momento en el cual la luz empieza a declinar: lo mismo que era claro y distinto se devuelve como un problema. Lo que era una posibilidad ahora es una frustración. Solo puedo ver platos acumulados en la bacha, grasa en los vidrios, objetos que obstruyen a otros objetos y que terminan presentándose como una pérdida vital.

Janet Leigh

El fenómeno del crecimiento de los gatitos me tiene maravillada, horas en el suelo frío, mirando cómo aprenden a usar la fuerza de sus patas. Por un momento tuve una iluminación agustiniana, creí sentir a Dios desde un soplo a la altura del pecho, la intuición del verdadero milagro de la vida. No me voy a volver antiabortista, mis límites están claros, pero la muerte cerca a veces te deja palpando la textura de lo que das por sentado.

Violeta todavía no vino a llevarse nada y eso me hace un eco extraño, un susurro que crece hasta tomar gran parte de mi voz mental. Recién quise usar su tratamiento capilar de aloe vera y cuando lo intenté abrir hizo una triple mortal. Crema invisibilizada en la superficie blanca de la bañera. Premonición de resbalamiento. La escena termina así: la cortina arrancada, la sangre empujada por el agua hacia la rejilla.

Una trans increíble cantó villancicos. Le hice coros sentada en el suelo. Fuimos a una fiesta caminando, éramos como veinte. Mareo. A las preguntas de cómo estás: Bien, gracias por preguntar. Las preguntas de qué querés tomar. Las preguntas. Bailar. Me quedé hasta que se hizo de día porque no puedo cruzar ese pasillo boca de lobo. En el taxi, un adagio de Bach, una luna picarona y una estrella sobre el azul fluorescente de la hora mágica al revés.

Carrera de mente

Lavé a mano. El agua teñida. Olor ácido. El espesor de las cosas suspendidas. Sigo sin poder abrir el lavarropas, no quiero ni saber qué hay adentro, vuelvo a poner el lavado cada tanto, como mantener un músculo de alguien en coma en actividad para que no se entumezca. Lavo a mano también para intentar entender desde el tacto. Cubrir con jabón las manchas que se solidificaron, oscuras como agujeros.

Me olvidé los anillos puestos, me quedaron marcas en los dedos. Hizo frío, no tengo casi voz. Al cómo viene eso, dijiste entendí, al qué cosa, dijiste me equivoqué. Acodada sobre la barra tomo tragos de cerveza a toda velocidad y pido otra.

De vuelta en la casa, con la segunda botella de ron de la semana y mis amigos. Me miran con los ojos como platos; nada me emborracha. Jugamos al carrera de mente y solo supe las respuestas de las preguntas de los demás. Perdí todas las veces que jugamos, pero se solidarizaban, me intentaban hacer creer que esto no define mi inteligencia ni mi nivel en ningún sentido. Era todo amanecer y alcohol sin drogas, música de fondo, amistad, hasta que dije que estabas bien, que había podido hablar con vos y Juan me dijo: La verdad, me chupa un huevo.

Corta como un sable sobre el aire polvoriento. Me rasga las vestiduras. Anime. No puedo ni pedirle que se vaya, esta madrugada me quedo censurada, con los gatitos jugando con los cierres de mis botas. Si me importó alguna vez fue por vos, dice, y me suena a una línea que diría Adrián Suar en una película intentando ser hostil. Sabés lo que pienso de ese enfermo, una daga. No sé ni por qué estamos acá, por qué lo cuidás. Clava dagas. Con la noviecita enroscada en el brazo, que fija la vista al fondo de un culito de vino tinto, Juan clava dagas. Seguimos jugando, es mi turno.

Yoga vicioso

En los sueños no fumo. Aparecés vos mezclado con Juan, vos convirtiéndote en gato, vos en dos lugares al mismo tiempo. Construcciones detenidas en los ochenta, el edificio donde un amigo de mi padre tenía una agencia de publicidad en los noventa. Una mucosa sobre la garganta me hace pensar que tengo cáncer. Un catarro de vieja que no termina de irse. No tengo nada para comer, de todas formas no logro moverme.

Estoy intentando verme los límites, es una terapia extrema. Provocar al cuerpo hasta que reaccione como un yoga vicioso, introducir o dejar de introducir lo que sea, como si todo fuera un experimento. La boca pastosa. El miedo a abrir la heladera. El mismo miedo a salir por la puerta. La parálisis de las compras. Los días pasan por la cama. La luz en sus distintos momentos, angustia en degradé.

Nunca entiendo si es tarde o temprano, no hago nada. Espero los telegramas y tengo imaginaciones apocalípticas sobre el nuevo gobierno: saqueos, ciudad gótica, persecución política, tenemos que quemar nuestros libros. No vivo en ningún momento. Tu mamá me escribió y me preguntó por las plantas y los gatos. ¿Cómo estás, me dijo, cómo estás, y los bebés, las plantas, bien? Hay que ser imbécil para que se te muera un ficus.

Champán en Las Violetas y después mil cervezas en el chino de al lado de la librería. Dudo que me guste realmente la cerveza, creo que nada más estoy intentando apagar la corporalidad. Matar alguna cosa.

Autos chocadores

Tomamos de una cucharita antigua, encerradas en la cocina. No para ocultarnos, sino para resguardar la conversación. Whisky con hielo después de vino, después de cerveza. Ese tramo de la noche se dio en loop: mirar la cuchara, prender un cigarrillo, servir el whisky dorado sobre los hielos plateados. De última te embarazás y no te va a decir que no.

¿En qué momento dejamos de ser niñas? Como el símil del barco al que progresivamente le cambian las partes hasta que no sobrevive nada del original. ¿Hasta qué punto somos nosotras mismas? Estamos todas en pollera corta, nuestras piernas se chocan mientras hacemos una coreografía de twister para poder entrar al mismo tiempo. Una hace pis, otra se pone máscara de pestañas, otra husmea buscando los labiales. Se sabe mucho por la marca de los cosméticos de alguien. Se sabe si su familia tiene casa en la costa, un campo o ambas. ¿Se podrá intuir de mí una madre suicida, una tía actriz, un padre nuevo rico? Algo que siempre me ocupó es que no se entienda bien de dónde vengo.

Veo pasar los encendedores, los vasos, los copetes de la revista, los ensayos, las fuentes, los premios, los nombramientos injustos. Me quedo en el borde de la conversación por no dar maleducada, hay que asumir que es innecesario hablar cuando pensamos todos más o menos igual, con que uno exprese la idea completa, basta. Se habla de una artista que apoya abiertamente a Cambiemos, dicen que por eso es que consiguió una beca Fullbright para su doctorado en la Universidad de New York. Diviso a Lucas del otro lado de la terraza, de espaldas al debate, o más bien, a la ausencia de él.

Cómo vas a quedar. Eso le preocupa. Si vas a ser normal. No es momento de hacer un chiste, pero si hay algo con lo que no me sale relacionarte es con la normalidad. Acepté que me llevara, pero cuando subimos al auto noto que está igual o más borracho que yo. No le digo nada, no se juzga. Rezo todo el viaje para que no le fallen demasiado los reflejos. Veo el auto hecho trizas, mi madre está viva y yo soy la que muere primero.

Papel de arroz

Una mujer siente dolor por primera vez en la vida cerca de los cuarenta años. Nació con una alteración genética en un cromosoma que la inhibe de experimentar el dolor físico. Las personas con estas mutaciones muchas veces no sienten hambre ni sueño, una niña británica obtuvo su apodo de «chica biónica» por padecer de la misma condición. Fue atropellada por un auto y estaba tan relajada que se evitó fracturas porque su cuerpo no ofreció resistencia.

Con la garganta dormida, insensibilizada por la cocaína, me detuve en esa noticia. Descartaron que lo tuyo fuera químico, la misma sentencia se me repetía de distintas maneras: no fue tóxico, no fue producto de intoxicación, es estructural, inevitable. Aun buscándole una forma de que suene lógico, todo en torno a tu situación me parece un sinsentido con algo cercano a una carátula.

La chica siente dolor por primera vez, quiere intentar revertir su condición, busca la manera de no pasarle la enfermedad a los hijos que piensa tener. Es muy peligroso no sentir el dolor. Te podés quemar, perder partes del cuerpo. No tenés reacción. Te devolvieron el teléfono porque, al descartar que fuera químico, no hay «peligro».

Tardé en recordar que todavía me quedaban sobras del té del día anterior por la tarde. Mi tía Ana insistió en invitarme a esos banquetes pomposos de Las Violetas y, por supuesto, no pudimos comerlo todo. Desearía ser como Ana si tan solo no estuviera tan obsesionada con su juventud. Todo no se puede. Me gustaría que tuviera hijos, así no sería tan desolador pensar que de este lado somos solo nosotras. Me pregunto qué se siente al tener una familia que hace viajes en patota.

Como unos pedazos de queso y unas aceitunas, tomo lo que queda de Inca Cola sin gas, adentro mío todo se revuelve. Me acuerdo de esos meses en los que comía todas las comidas bien, no tomaba y no fumaba, tenía la piel hermosa y me sentía bien, incluso superior moralmente.

El gatito naranja intentó comerse la comida de sus papás. Todavía no pueden masticar, les compré un alimento que no corresponde, así que lo tuve que ablandar en agua. En teoría faltaban unos días para que dejaran la teta y empezaran con los sólidos, pero se ve que crecen rápido, o que su apetito crece más rápido que ellos.

Hace dos días que no me baño, ahora intento convencerme de que eso me puede hacer bien, otra clase de terapia inventada. Mañana voy a hacer una limpieza profunda y voy a empezar a estudiar. Todo el tiempo prometo que mañana.

Me duele la nariz. Me amenaza la humedad de las paredes y la pila de ropa sucia que se acumula. El polvo sobre las cosas que forma películas, una sobre otra, una sobre otra. Me aterran los vecinos, los imagino conspirando para robarme mientras salgo, entran por la fuerza y rompen cosas a patadas. Me quedo quieta e intento no hacer ruido, es la única forma que encuentro para

cuidarme. No sé cuál fue la inercia inicial. No sé si estoy verdaderamente desmotivada o si lo mío es químico. Espero que el día nuevo me devuelva la voluntad. Dijiste que hablemos en unos días, que estabas empastillado y no sé qué de la frase, una frase tan sencilla, me descompensó, todo mi cuerpo como papel de arroz.

Criatura

Si salgo de noche no puedo volver hasta la madrugada. Miedo a la oscuridad. Intenté salir lo más que pude de la casa. Y eso que era la que nunca tenía miedo a nada, era positiva. No sé a dónde me fui. Ahora temo que me violen, que me roben, que los vecinos hablen de mí.

Logré que Juan me acompañara hasta acá caminando, lo invité a tomar ron. En un momento la cosa se malinterpretó y se me tiró encima cuando le leía unos artículos desde la computadora, no solo no me calentó, sino que me dio terror. Le dije que no puedo, me preguntó si era por vos. Me dijo que tengo que superar lo nuestro y usó la carta de la maternidad para alterarme, le había dado material, le conté del atraso y de la fantasía, mi terapeuta dijo que era una fantasía porque siempre tengo atrasos. Me dijo que no voy a ser la madre de tus hijos, que vos no vas a tener hijos, que siempre lo dijiste y que de última vas a terminar embarazando a una equis que te lo va a encajar. Yo le decía que no tiene que ver con ser mamá. Me empezó a dar besos en el cuello y me intentó abrir el pantalón, me dio un asco tremendo, pero le terminé pidiendo disculpas yo a él.

Es inútil intentar rasar las diferencias, somos una persona distinta de noche. La oscuridad nos difumina los bordes. La sensación de tener un Mr. Hyde, habías dicho una vez hace tiempo. Indagué, pero no me diste nada más que eso, una categoría. Las matrices vacías de tu discurso.

Cuando me levanté fui a comer a un lugar sobre Honduras con aire acondicionado. Un sol arrasador, toda besada, violentada. Fui al shopping, parecía feriado. Me probé vestidos, me gustó uno blanco, le dije a la vendedora que si me quedaba bien lo iba a tomar como una señal para casarme. Me dijo que a mi novio seguro le gustaba, le dije que sí, que mi novio era un amor. Les miento a las vendedoras y a otras personas del área de los servicios. Una vez le dije a un chico de Movistar que era bailarina del ballet estable del Colón. Me creyó.

Limpié el piso y puedo estar descalza. Hacía mucho que no me veía los pies, me dan rechazo. Es la única parte del cuerpo que tengo igual a mi papá. Me lo dijo alguien de chica, creo que fue mi hermana. Me olvido de que tengo una hermana.

No tenía ganas de cocinar, así que descongelé unas empanadas que había en el freezer. Leí el otro día la historia de una vieja que estaba preparándole comida a su marido para que le quedara guardada después de que ella se muriera. Qué idea particular la de detener la degradación material de las cosas, la de conservar para un después. Walt Disney esperando en alguna cámara criogénica ser revivido e inventar personajes con las nuevas tecnologías del presente, su futuro. Las empanadas me cayeron mal. Mientras las comía me imaginé que podían estar hechas de cualquier cosa, que podían estar envenenadas o llenas de pelos para un ritual. Las tuve que tirar.

El gato naranja me trajo una cucaracha enorme como trofeo y la dejó en el medio del living. Le

miro el tórax contorneado, las patas aún pegajosas. No puedo, un campo de fuerza me impide agarrarla y tirarla. Es insoportable la desolación que provoca algo tan pequeño. Vuelvo a intentarlo, pero me quedo paralizada, ahora un poco más cerca. Me sobreviene la sensación de levantarla y sentir efectivamente su liviandad, su consistencia. Es exactamente eso lo que no tolero: lo mucho que me pesa una cosa que casi no existe.

Es el universo de ideas alrededor de la cucaracha, no el bicho en sí. Creo en el karma instantáneo, hace un rato maté un bicho y me sentí realizada, otra vez me animé a llamarme a mí misma valiente. Ahora los cuerpos de las cucarachas muertas me atacan y me miran con sus antenas larguísimas. Asquerosamente perfectas, como toda criatura.

Identidad

Empezaron a comer, pero debo prestar particular atención mientras lo hacen porque los padres les quieren robar la comida, es más calórica, pensada para el crecimiento, y es, claramente, muchísimo más rica. Intento enseñarles a dejarlos en paz, pero no hay caso. Tengo que hacer la gimnasia de retenerlos a un costado mientras deseo que los cachorros terminen de comer rápido. Mi técnica va mejorando de vez en vez.

Cuando terminan se ponen a jugar, así demuestran que están satisfechos. Sospecho que la hermandad tiene un componente instintivo, porque son claramente hermanitos, se tiran de la cola y se corren y se abrazan, nunca me pasó eso con mi hermana porque tenemos distinta madre, aunque no estoy en condiciones de afirmarlo como una verdad científica. Les digo ternurita y hermosurita. El corazón se me ablanda cuando los tengo cerca, como si nada pudiera estar mal en el mundo mientras existan gatitos bebés. Uno es de un color piel casi rosa y ese sería el que quiero quedarme. ¿Debería ponerle un nombre más intelectual? ¿El nombre de pila de una cantante de jazz? Siempre sentí un poco de envidia por las personas que logran dar nombres espectaculares y cero impostados a sus mascotas. ¿Vos decís que un cambio de nombre puede afectarle la identidad?

El sol me dio energía para ir al mercado y traje un pollo que partí como una experta. Al horno, al limón. Corté tomate en cubos, hice girar la lechuga. La cucaracha enorme permanece en su lugar, estoy esperando que esté más muerta todavía, más seca o, más bien, que desaparezca sola, que la escondan, que se la coman.

Aspen

Siempre que miro el reloj los números se repiten o la hora es capicúa. Intento encontrar una señal, un mensaje, esa manía de buscarle un sentido a lo que nos inquieta. A mí me inquieta el futuro, el tiempo, y, sobre todo, si hay alguna forma de saber lo que tengo que hacer. No sé qué soy. Intento ubicar en mis juegos infantiles el destello de una profesión, pensé en poner un negocio de ropa porque de chica me gustaba disfrazarme, por ejemplo. Me falta el soplo que une el deseo con la acción, creo que se llama voluntad.

Aproveché estas «vacaciones» y alquilé mi departamento con bicicleta incluida a unas francesas. Les recomendé bares y cosas para hacer, los euros vuelven a engrosar la cuenta — mínima— que me sostiene. No sé qué hubiera querido mi mamá que hiciera con la plata. No es mucha, pero quizás podría haberla invertido antes de usarla para alimentar la inercia de esta pequeñoburguesa precarizada que resulté ser. Compraría un taxi y lo manejaría, sería una buena salida para mis noches sin dormir. Escucharía Aspen, sin dudas. Conocería personas que nunca voy a volver a ver. Escucharía sus historias para juntar partes del mundo y volverlo a armar.

La adultez no se enuncia, dice mi analista que es hora. Este limbo de patinar de a poco la herencia y los trabajos freelance no funciona. Es cierto que faltarme no me va a faltar, pero para no aplastarme tengo que tener un proyecto. La plata es una enfermedad.

Miro los desfiles de nombres en los eventos de Facebook. Un montón de gente existe de modo definitivo: están en piletas y toman líquidos naranjas, rojos. Así reafirman su estilo de vida. Tienen pareja, se reciben, manejan autos. A veces siento que estamos solos, que lo demás es un decorado, que verdaderamente no queda nadie por conocer que no conozcamos. Quizás ni siquiera nosotros existamos, ni tu mamá, ni Violeta, ni Lucas, ni Juan. Tampoco existe tu enfermedad. Tampoco existe mi memoria. Esta voz no es un yo, es una marca en la arena, una estela en el agua.

Los cuerpos

Hoy casi me atropella una moto cuando cruzaba la calle, estaba mirando a un señor lidiar con una cantidad imposible de globos. ¿Cuántos globos se necesitarán para levantar un humano, peso regular? Las chicas muestran las piernas doradas, yo estoy gris y tengo pelos, igual me puse un short. Intento ubicar entre los cuerpos uno parecido al mío para figurarme si es grave, si soy desagradable. No hay manera, los cuerpos son todos tan particulares, me pierdo en las comparaciones.

El calor es envolvente. El exterior parece calefaccionado. En la radio escuché que había alerta amarilla, no paro de tomar agua por las dudas, me puse una alarma para recordarlo. Están intentando que nada parezca grave, que nos preocupemos únicamente por el clima, pero la tensión es respirable. Siento las ideas aplastadas, estuve tanto tiempo pensando que había otros haciéndose cargo que ahora tengo una franca sensación de culpabilidad por el estado de situación. Podría haber hecho más.

Me cuesta mi materialidad, como si estuviera vaciada de significado. Soy una presencia, una mente flotando, me sorprende de mi imagen en el espejo. Como esa vez que retomé danza y, como no me reconocía, no podía seguir los pasos. Me caí y de la vergüenza me tuve que ir corriendo. Estábamos bailando «Beat it» y mi autopercepción era la de que lo amorfo de mi cuerpo constituía todo lo que el marketing me dijo que estaba mal o que era gracioso.

La misma piedra

Terminé en la vereda con dos punks anacrónicos, importados directamente de 1978. La cabeza se me caía, los cigarrillos se me habían mojado. Había intentado ingresar un vaso con ron en vertical escondido en la cartera, se volcó casi de inmediato. El alcohol en ese piringundín es pésimo y en tu casa no hay petacas. ¿Por qué siempre termino yendo a donde está toda la gente que conocemos aunque el plan sea un espanto? Tropezarse una y otra vez con la misma piedra. Se me hace difícil seguir cuando alguien me pregunta por vos, como si en algún punto supiera que cualquier respuesta que improvise fuese a constituir una mentira.

No descarto estar desarrollando algún delirio paranoide, mi sensación es que las personas se aburren conmigo. Quizás es simplemente que mi capacidad de prestar atención es defectuosa y nadie quiere estar con alguien que parece irse del planeta en medio de una conversación. Se me abren mundos todo el tiempo, mundos subterráneos de ideas e imágenes espesas que no me permiten registrar los detalles del presente.

No recuerdo las conversaciones a menos que algo brille demasiado bruscamente, un destello de contraste, un comentario que, de tan desubicado, se convierta en una perla o un haz. Debe ser por eso que lo único que late en mi memoria es un amigo de Juan que te comparó inoportunamente con Matías Alé. Salí eyectada minutos después y me senté en la vereda con los punks hasta que recuperé las ideas. Volví, comí un pan. Metí el celular en un bowl con arroz. El día después no existió.

Flashes de lápices de labios cruzándose entre brazos, halagos condescendientes y consejos que nadie pidió. El ecosistema de una fiesta: conquistar por deporte, no saber irse a tiempo.

Intuición

La reacción de un orangután a un truco de magia es noticia en un diario estadounidense. El orangután se ríe a carcajadas, me entristece la sensación de que un poco lo toman de estúpido. ¿Quién está por encima de quién y por qué? El truco consiste en hacer desaparecer una esfera que introduce un humano dentro de un vaso de telgopor. La desaparición es absolutamente rudimentaria, como cuando los adultos hacían de cuenta que nos habían arrancado la nariz. A esta altura de la *soirée* me resulta ridícula la posibilidad de haber efectivamente creído que me arrancaban la nariz con la mano, casi que imposible. Aunque es imperante admitir que quizás sea mi laconismo actual el que no me permita vincularme con mi propia inocencia.

Luego de repetir la visualización del video un par de veces, el brillo en los ojos del mono me produce una electricidad particular: él cree y se divierte. Creer en la magia excede la división específica. ¿Por qué no ser más naif? ¿Por qué nos la pasamos denigrando lo intuitivo? El cuidado debería ser intuitivo. No lastimarse ni lastimar a los demás debería ser intuitivo, no ponerse por encima de ningún ser.

Volví a morderme la piel del costado de los dedos hasta dejármelos en carne viva. Se me caen de a mechones el pelo y las pestañas porque no me saco el rímel hace tres días. Soy un balde, una cosa que necesita llenarse, pero es como si no tuviera fondo. Si tuviera que pensarme como una cosa, siempre fui más bien un balde, a lo sumo una cacerola.

Para retomar el control, al menos de cosas chicas, decidí zurcir las costuras de una pollera de mala calidad que se me habían abierto. Di las puntadas sobre mí misma, con la pollera puesta, como la muñeca de *El extraño mundo de Jack*. Una muñeca que es esclava de un científico que está obsesionado con poseerla. Para escapar, algunas noches, Molly se tira por un altillo y se rompe en mil pedazos. Como es de trapo, se vuelve a armar a ella misma, solo necesita su mano para hacerlo.

Anémona

La toalla colgada del picaporte tiene forma de fantasma, la caricatura de un fantasma. Por momentos solo pedís que no diga nada. Asiento y me pregunto cuál es exactamente el secreto que velo. O más que el contenido del velo, me pregunto los destinatarios. De quién te estamos cuidando o a quién estamos cuidando y por qué, en este caso en el que estoy sola, hablo en plural.

De repente la idea de pisar una cucaracha descalza no me pareció tan grave, si no te enterás. El problema es matar a sabiendas, no puedo aplastar algo si tengo plena conciencia de su vitalidad. Es por eso que me bloqueo ante los bichos, por más que me resulten desagradables. No me sale imponerme por sobre ellos, no estoy segura de que sea justo atacarlos. Incluso, cuando ya están medio matados por los gatos, por ejemplo, me paralizó sin poder ser yo la que corte el último hilo que los ata a mi realidad. Necesito que se mueran sin ninguna acción que parta de mi decisión.

Estuvo todo el día oscuro, lluvia indecisa. Por la calidad de la luz pude ver los grumos de los techos. La luz blanca de los días nublados destapa las fallas que lo dorado del sol tiende a rellenar. Es una luz más dura, o nuestra visión es más dura cuando esperamos sin esperar la lluvia que siempre vuelve sin ser más que eso, agua que pasa.

Me puse a llorar en el supermercado. Algo me superó, el precio de las cosas. Me acostumbré a comprar solo lo que puedo cargar sola. No más de cuatro bolsas y todo el tiempo me quedo sin provisiones. Mi idea es limpiarme con fruta e hidratación. Limpieza del interior al exterior.

Dejé medio pomelo rosado bien maduro en la heladera envuelto en papel film. Me entusiasmé con la compresión del plástico para no desperdiciar su frescura. Estrellado en el plato parece un órgano vital o un animal marino desconocido y fuera de contexto. Un animal que, de tan extraño, parece una planta, una anémona. Bien marino, uno que solo se encuentra buceando y que brilla en la oscuridad del fondo del océano.

Memoria táctil

Miraba el techo con la boca abierta mientras me raspaban las encías para dejarlas immaculadas cuando llamó un número bloqueado. Soy muy sensible a ese tipo de intervenciones en mi cuerpo y, ante las lágrimas, hay que cepillarse mejor. Pensé que era tu mamá, esa cosa de guardarse la identidad. No era. Era una telemarketer del banco que llamaba para ofrecerme otra tarjeta de crédito. No acepté porque no tenía ganas de pensar, todo lo que a bancos respecta me genera dudas porque en principio me genera desconfianza, soy hija de ahorros debajo del colchón y nada de especular. Pedí que volvieran a llamar después, todavía no lo hicieron y yo nunca pensé.

Coger me pone triste, no es instantáneo. El gato se puso celoso porque vine con un chico y se escapó. Hoy me llamaron para que fuera a buscarlo a una casa sobre esta misma cuadra, la casa de la pianista, no estaba lastimado, solo asustado. Me arañó el cuello cuando lo traía, se estresó por el ruido de los autos, parezco una mujer golpeada. No quiero dormir acá ahora, siento que quedó una bruma espesa. Debería cambiar las sábanas. Anoche, mientras intentaba concentrarme en el sexo, le pasé la mano por la nuca y la memoria táctil se me disparó, de repente ya no estaba ahí. Lo mismo que en las conversaciones en fiestas, a veces simplemente ya no estoy más ahí, acá. Me cuento películas que ya vi, hago listas de tareas para hacer, finjo orgasmos.

Volví al supermercado, no puedo evitar quedarme mirando la góndola de los juguetes, son los colores. Ahora hay muchas marcas de bebés y ya no los hacen solo rubios, hay negritos también, como para mí. Insistió mucho con verme, me dijo que lo llame si me siento sola.

Dijo que leer a Salinger es un cliché, mirando tus libros. Pero igual no es por eso que no tengo ganas de volverlo a ver, es el tema de construir lo que es agobiante, no quiero tener que volver a conocer de cero a nadie. Lo familiar es agobiante. El proceso de familiarizarse, acercarse. Yo decidí hace tiempo ya que mi universo personal es impresentable.

Hablé con tu mamá por la huida del gato, me preguntó si Violeta ya había venido a buscar sus cosas, le dije que no, que tiene lógica que no quiera volver. Me olvidé la regla implícita de no emitir juicios cuando hablo con tu madre. Me preguntó si el aire funcionaba bien, si todo en orden con los vecinos. De vos, nada.

Del otro lado del arcoíris

Anoche, la tormenta. No sabía que había goteras, las ignoré. Aproveché para abrir las ventanas y dormir con el viento, primera noche que la sensación térmica no supera los 35 grados. De todos modos, fue difícil porque los gatos lloraban y porque no estaba acostumbrada, tampoco, al ruido del techo. Por momentos parecía que la casa iba a salir volando, como en *El mago de Oz*. Toto, I have a feeling we're not in Kansas anymore. El calor bajó un poco, va a volver a llover, dijeron por días. Sucedió, al fin una cosa que sucede tal cual la pronostican.

Veo las noticias pasar por las redes sociales, el scroll infinito. Decidí arreglar la puerta del placard. Estaba resignada con las roturas, pero me calma la idea de ponerme con un proyecto. Y me da pavor la imagen: los gatos la tiran jugando y mueren aplastados. Voy a cambiar las lamparitas quemadas también.

Mi reloj llena el silencio, el segundero es muy potente, tanto que, en su momento, me lo hacía guardar en el cajón cuando nos íbamos a dormir porque decías que en la vigilia te «desconcentraba». Desconozco si pervive la superstición de que en el momento justo antes de dormir podemos captar mundos contiguos.

Hoy no pisé en ningún momento la calle, eso también constituye un estado particular de percepción. Los gatos están ruidosos, no sé si persiguen bichos o si se persiguen entre ellos, los oigo correr y golpes contra las cosas.

Fotosíntesis

Las plantas se me murieron. Intenté salvar la de flores rosas, pero no llegué a tiempo. Les da demasiado el sol y yo fui un poco inconstante, lo cual es un eufemismo para completamente negligente.

No dormí en toda la noche. Fumé como un escuerzo, esa expresión la usaba mi madre. Cambié las sábanas y, recién a las seis de la mañana, me dormí. A las nueve los gatos lloraban y les di de comer.

Hace unos días decidí no preparar el final. No les conté nada a mis compañeros. Ahora tengo más tiempo, pero no sé para qué lo quiero. Di vueltas en la cama.

Decís que vamos a ser amigos para siempre, que está todo bien, me tranquilizás porque sabés que estoy en el borde. No te quería hablar porque yo no estoy bien. Me vas a explicar más adelante. Hay cosas que igual intuyo. Te dije que me drogué y me dijiste que te habías dado cuenta. Te dije que sabía que sabías. Me dijiste que va a estar todo bien. Te dije que la mamá de los gatitos habla.

Fui a una fiesta en la terraza, todo el tiempo fiestas en terrazas en diciembre. Me encontré con Juan, que estaba con un amigo. Tomamos cuatro taxis. Hicimos bar, pool, disco, su casa.

A él le gustó mi vestido, nos robamos un vino y nos besamos en el ascensor de lo de Juan cuando nos íbamos, era de día ya y pasamos por los mercados de flores. La angustia de ver gente trabajando y el día a pleno cuando vos todavía ni te fuiste a dormir. La mayor parte de la noche tuve hipo. A las nueve de la mañana habremos llegado acá. Esta vez el sexo no fue deprimente, logré acabar. A vos siempre te daba gracia que a veces, cuando acabo, me agarra un ataque de risa. Me pasó.

No lo voy a volver a ver. Incompatibilidades. Hijos, toma mucha cocaína, no entiendo de qué vive. No se quedó a dormir por la luz. No puede entender que duerma con la persiana alta. El sol nunca fue un problema para mí.

Ofrenda

Un pájaro descuartizado en el medio de la cocina. Plumas por toda la casa. Sangre había poca, pero había, y tripas. Intentaron comérselo. Tenía que salir corriendo a terapia. Me dijiste que es el acto de amor más grande que cacen una presa y la traigan como ofrenda. No encontraba las llaves y llegué a cualquier hora, había pedacitos de cuerpo que barrí, intentando no descomponerme. La felicidad del orgasmo duró poco.

Salí con la bolsa en la mano y la puse en el contenedor. Me tomé un taxi. En la sesión le dije que me había dado cuenta de que no me da lo mismo que cualquiera llene este espacio. Bienvenida al mundo de las decisiones. No necesito droga, no, claramente no necesitás. Nadie necesita, sí, claro que hay gente que la necesita, pero vos no.

Voy a lo de mi tía a pasar la tarde, hay partes de pájaro que no llegué a limpiar y me perturban. Le pedí si me puede acompañar después, al menos a mirarme mientras paso la aspiradora.

Se fue al banco un rato, me pidió que descanse, que se me veía caída y que cuando volviera me ayudaba a terminar de limpiar los pedazos y las plumas. Los gatos en las casas hacen eso, no es una venganza. Tengo miedo de que me maten mientras duermo.

Terminamos con el juicio y cobré una guita, pasó tanto tiempo que la suma ya es irrelevante. Se me rompieron los fajos y tengo todo desperdigado por la cama. Los billetes no me significan nada. Cuento la plata buscando un error. Guardo cuarenta mil en un cajón y casi diez mil en otro, me quedo mil para cambiar. Tengo que devolverte ochocientos pesos que saqué del pozo para emergencias.

Me quedé sin agua mineral, y la de la canilla, que nunca me habías dejado tomar, yo la siento igual que la de mi casa, no tiene nada raro. Quizás mi agua sea intomable.

Los enemigos

En algún momento dejé de soportar a los gatos, son muy demandantes, creo que te extrañan, o quizás la extrañan a ella, no te imagino teniéndoles paciencia. La casa tampoco la soporto, se ensucia demasiado rápido. Lo pensaba ayer mientras aspiraba las plumas, que es demasiado trabajo una casa con tantos animales y tantas aberturas.

Parece que vas a volver pronto, el tratamiento funciona. De a poco retomar las actividades. Sigo sin saber nada de Violeta, la verdad es que no creo que venga. No veo la hora de que vuelvas para poder irme. Me encanta saber que estás bien, pero lo que más me encanta es la idea de salir disparada. La casa me habla y me silencia. Veo pequeñas tragedias en cada uno de los elementos que la componen: filos, cosas que funcionan mal, manchas y restos de una situación que no quiero saber del todo cómo fue.

La irrupción del sexo me hizo recordar algo de mí. Fue hermoso acabar acompañada, dar direcciones, conectar con el cuerpo del otro. Desde el accidente, cada vez que intentaba pensar en coger se me tapaban los oídos. Ni siquiera tocarme podía, no llegaba al punto de sentir la necesidad o me distraía en el medio algún pensamiento fuera de lugar. El placer corporal se me había disuelto en algún momento, algo me parecía mal. Como si me sintiera observada. Moral de colegiala.

Los chiquitos todavía me dan ternura, tienen los cuerpos calientes y son inesperadamente livianos. Son los padres los que me ponen histérica con sus ruidos y sus demandas.

No tengo bombachas secas, así que hace horas me paseo en toalla. Todos están dormidos y solo oigo el ruido del agua que se pierde en el baño. Levantaron el cepo, y nada me deprime más que los cambios bruscos e innecesarios. La verdad es que no es muy realista ni incluso poner un tope de dos millones de dólares por día. Pienso en la desigualdad en términos generales. Pero quién soy yo para angustiarme por las desigualdades. Una capa siniestra sobre la realidad.

Bajó un poco el calor, pero hace días el cielo se puso gris y llueve cada tanto, llueve fuerte y para. Viento y de vuelta un poco de sol. Me siento en la costa sin el mar. La escalera de madera, la cama en el entresuelo.

Empecé a guardar mis cosas. Aunque no es seguro que estés por volver, no me quiero olvidar de nada. Los gatos me leen la mente, hoy Materia me clavó otra vez los dientes. Estaba saliendo y, cuando la empujé para mantenerla del lado de adentro, se me prendió a la pierna, ahora a la derecha, parecía un gremlin maléfico.

Mantuve la calma. Me tiré ron sobre la herida, no tenés alcohol, ni agua oxigenada, ni gasas, ni nada que sirva para curar nada. Me tuve que armar una especie de venda con unas curitas de Kitty

que compré para conseguir cambio. ¿Qué significa que quiero ser parte de algo a lo que nunca voy a acceder?, ¿de qué clase de acceso estás hablando? O más bien, ¿adónde?

No soporto más los pelos de los gatos sobre la ropa, no soporto que me pidan cariño y que después me lastimen, que me ofrezcan cosas muertas. No quiero las cosas muertas. Pero ¿qué querés decir con eso? La misma sensación de cuando dijiste lo del enemigo, ¿qué significa? Que ya entendés mis prioridades, decís. Que no necesitás escucharme. Sos un monstruo.

Balas perdidas

Suspendí la idea de arreglar los desperfectos. Por mí que rompan todo, los veo a los dos bebés subidos a los cables y digo qué sé yo. Anoche una bolsa voló y entró por la ventana. La invasión de lo que ni Hollywood me podrá persuadir en que halle bello. Le digo basta al gato y llora, entiende. Basta, ¿querés? Siento el interior del cuerpo sucio, como cuando no te lavás los dientes.

Ahora van a toda velocidad, ya son plena confianza en sus extremidades, corren por todos lados, no los quiero levantar mucho, tengo miedo de que me arruinen la ropa nueva.

Todas las toallas tienen pelos, se las ingeniaron para entrar al placard y recién cuando me sequé me dio sensación. Cada cosa ejerce sobre mí la fuerza de una derrota. Intentando encontrar una toalla aceptable, la puerta que estaba floja se me cayó encima. Elijo una blanca a pesar de saber que la voy a enchastrar con la sangre de la herida, que después de la ducha brota nuevamente a borbotones. No fui a darme el refuerzo de la antitetánica, se me pasó el día y me viene la visión de la gangrena.

Las francesas se fueron y dejaron en mi departamento un aroma acolchonado, como de niño que huele a leche. Dejaron un vino abierto y unos quesos buenos, un par de productos de belleza importados. Pienso consumirlo todo.

Hoy me sorprendió un llamado de mi padre invitándome a pasar Navidad con él. Se imagina que debe ser difícil, dice, ahora que es la primera sin mi madre. La segunda, le corrijo, pero no con animosidad. Nunca me pasó nada con las fiestas, ni bueno ni malo.

Los únicos recuerdos decorados, el único concepto de Navidad que tengo es de 1994. El último año que estuvieron juntos, compraron un árbol que llegaba hasta el techo y pelotas doradas y rojas esmeriladas. Mamá cortó moños escoceses y dorados, nunca más la vi manipular ningún tipo de lazo. Después siempre me preguntaban si era judía y empecé a decir que sí, me creía canchera. Esa Navidad, igual, fue linda, me regalaron una Baby Flo a la que se le pasaba la cola y le tenías que poner una cremita. A mi hermana, ropa de John L. Cook y una entrada para ver a Emanuel Ortega.

Ese verano fuimos los tres meses completos a San Bernardo. Mamá me compró muchas remeras, yo empecé a intuir que había algo extraño en la compulsión, todos los días un par de remeras, nada más. Algunas, por suerte, eran grandes y me duraron. Cuando volvimos de ese triplex por el que habían pasado todos los conocidos que teníamos al menos dos días a broncearse o a jugar al chinchón en la carpa con vista al mar, las cosas de mi padre no estaban y mamá por un año no se levantó de la cama. Así empezó.

Me dije que voy a estar bien, que si Ana no se va afuera quizás la veo. Aunque Ana es más de

empastillarse y dormirse hasta que termine la locura del brindis. Agradece no tener perros para no tener que consolarlos, se ponen mal con los fuegos artificiales. Mi papá me pregunta, por primera vez, si estoy bien. Recuerdo cuando se preocupaba por las balas perdidas.

Desastre natural

Quiero volver a la normalidad. Sea lo que sea, quiero volver. Sí que tengo terror de enfrentarme a la realidad, la sensación de estar haciendo todo lo que puedo mal de todas formas, como si haberme abandonado en este momento constituyera un modo de tropezarme con todo lo que no funcionó entre nosotros. Yo tenía una vida, una casa, una personalidad, maltrecha quizás, «maleable» quizás, pero era mía. Quiero regresar a un estado que se presentaba lógico, al menos dentro de mis posibilidades. Estoy teñida y extraño a mi mamá. Como cuando pasás más de una noche en lo de una amiguita. Como irse un tiempo largo de viaje, necesito volver a la comodidad de lo propio, por más rutinario e intrincado que sea. Acá y ahora: potencialidad de la tragedia, el aire enrarecido, como en la previa de un desastre natural, me es amenazante desde un maullido en adelante. Todo es un filo que puede descuartizarme. Todo es como la boa que te mide para poder tragarte completa, la construcción sigilosa de una traición silenciosa.

Como el chico de la burbuja de plástico, no sé qué es, pero una fuerza no me deja romper lo que tengo al alcance. Si me seguís queriendo estoy tranquilo, decís. Y a mí nada, no necesito el amor.

Otra mancha de sangre, esta vez limpiando lugares que seguro no sabías ni que existían. Existen. ¿Qué fue lo que hiciste? Algo en mi mente no se arma del todo. Un mechón de pelo como arrancado, pelo largo. Las piezas empiezan a caer como un caos. El gato me abraza, o yo lo abrazo a él, y siento que es recíproco, no puedo parar de llorar.

Pesadillas con mi mamá. Se mezcla con vos, no en sentido romántico. Son la misma persona. Me levanto dando una patada en el aire. Desconecto hasta la heladera para quedar en silencio. Me doblo sobre mí misma, quiero ser chiquita, ínfima, me quiero sentir los bordes, ser definitiva. Ya no queda nada para limpiar, no quedan pistas, arrasé con cada una de las superficies existentes con esponja metálica.

Espirales

Anoche no dormí en Billinghamurst. Lo llamé. Necesitaba la fuerza de sentir un cuerpo disponible, presente, real. No había vuelto a casa desde que se fueron las francesas y necesitaba saber que algo mío aún me esperaba. Miró mis discos mientras yo reacondicionaba a mi gusto este espacio tan mío y tan no nadie. Un suicidio no es una muerte común, las personas te miran de otra forma. Podías ser solo una chica, hasta que una muerte así te roza. Pasás a ser la persona a la que todos temen hablarle de determinadas cosas. Los padres se vuelven impronunciables, incluso la felicidad simple. Una sabe, sabe que las personas evitan mostrarse afortunadas. Eso por momentos duele más que la misma muerte, porque el silencio resalta. Es tan torpe el modo que tienen las personas de transitar las tragedias ajenas. Considero que no he vuelto a tener una conversación liviana desde que murió mi madre, y fue a pesar de mí.

Francisco sabe poco, y por eso funciona tan bien. No necesita ser cauteloso. Piensa de ella lo común, un cáncer. Igual qué será lo común, dirías.

Dormí tan profundamente que me olvidé del tiempo, me dio mucha vergüenza la almohada babeada, pero él como si nada, es un chico tranquilo.

Mi casa me pareció un lugar verdaderamente acogedor: lo propio ocupando el lugar de lo propio, una sensación de pertenencia que no recordaba haber sentido nunca. Me miró hacer cosas normales: lavar platos, prender espirales.

Hawaiian Tropic

Los shoppings me resguardan aunque no me guste particularmente comprar cosas. No soy una mujer que planifica lo que necesita y asigna presupuestos. Soy gastadora ocasional y voy cuando pretendo evadir o divertirme siendo otra. Ana quiso comprar regalos, para mí y para ella, y «cosas para recordar». Hay chicas comprando ropa blanca para José Ignacio, una tristeza superlativa me invade. Hago un movimiento para sonarme el cuello y píxeles de mí misma. En una época tenía contracturas delimitadas y finitas. En algún momento el malestar escaló de nivel y pasó a ser constante. Como si estructuralmente mi cuerpo se hubiera modificado para serme incómodo. Una incomodidad que terminé por asimilar.

Uno puede acostumbrarse a todo, me gustaría encontrar una excepción, pero uno puede apropiarse de cualquier estímulo que se presente de forma sistemática, como las personas que viven sobre avenidas y dejan de oír el sonido de los autos.

Quisiera poder llevar colores estridentes con dignidad, así podría al menos disimular los lutos. Siempre me vestí de negro, de azul, no parecía llamarle a nadie la atención, pero ahora que me convertí en la representante de las tragedias, la gente de repente me ve pálida, flaca, me recomienda dietas con carotenos.

Tournerie

La profesión de la gente se lee en las manos. Y es, justamente por sus manos, que podemos saber que Ana siempre será bailarina. Antes de que mi mamá se enfermara, el sueño compartido de las tres era que yo siguiera sus pasos y que, incluso, me fuera a Francia como ella. Tengo París tan asociado a la plenitud y a la felicidad que nunca pude volver.

Una elige todo lo que consume con la precisión de los grandes teatros. Se dirige hacia los objetos del modo en que los acomodadores guían a las personas en la oscuridad de la sala. No se detiene a dudar sobre nada que no valga la pena, va directamente hacia la prenda que la convoca. Esto es ciertamente contrastante, es una mujer de contextura pequeña que da la sensación de haber sido detenida en medio de su crecimiento, como los pies de una geisha.

Lo mismo que la gente suele odiar de Ana es lo que los fascina. Ana ya hablaba de lo tóxico de los lácteos en los noventa, sala con sal rosada del Himalaya, pronuncia las comidas en su idioma original y duerme con antifaz. Su columna vertebral es tan recta que siempre parece que te estuviera mirando desde un lugar superior, como parada en un banquito, por más que, en sí, sea petisa.

A los catorce años, Ana había debutado como solista en el Colón, a los dieciséis entró al ballet estable por concurso, y a los dieciocho protagonizó *La Sylphide* junto a Maximiliano Guerra, también en el Colón. Ya habían empezado los viajes ahí, hacía giras con un elenco francés y, mientras sus posibilidades acá declinaban, allá florecían y se fue quedando.

La partida definitiva pero progresiva de Ana coincidió con la partida definitiva pero progresiva de mi madre. Un día me dijo que tenía que decidir entre ser educada o hacer danza, porque las bailarinas eran todas estúpidas. Y me sacó de las clases. Hay partes de mi cuerpo que quedaron atadas al baile y a veces me veo girando como un trompo. Ahí, pensándome en esa fantástica otra vida posible, siento que la traiciono.

La primera vez que viajé en avión lo hice sola. Me tuvieron que abordar las azafatas y en Charles de Gaulle me esperaba Ana con su rodete. Ana cocinaba, eso me gustaba. Pasé tres meses en Francia, quizás más. Algunas veces mi madre se refería a ese momento como «el año que pasaste en Francia». Supe tiempo después que no es que se confundía, sino que le gustaba confundir a los demás. Lo cierto es que nunca perdí un año de escuela. Lo cierto es que tuve que ir con ella porque no tenía a nadie más. Siempre me hizo sentir culpable haberme ido a un lugar tan hermoso en un momento tan difícil. Mi madre me hacía sentir, dependiendo del día y de sus ganas, que había sido algo pensado para mí, un regalo, o que, como había sido producto de su desgracia,

yo había sacado provecho de eso porque soy una tirana. Aún hoy me llena de una profunda vergüenza, supongo que más bien es culpa, hablar bien en francés.

Magulladón

Hoy volví a mi casa otra vez. Pasé temprano por la tuya, me acompañó Francisco. Los gatitos giraban por sus piernas y yo solo dejé comida, y más comida. Es mi trabajo, le dije, y me dijo qué tierno. Si fuera solo eso sería tierno verdaderamente, pero cada día lo siento más parecido a una especie de jaula en la que me metí yo sola y me tragué la llave.

Otro tipo de claridad me despierta en casa con los pájaros. Estuve reaprendiendo los sonidos de mi cuadra, le imprimen una nueva posibilidad al día.

Soñé que iba a otro oftalmólogo, era alguien que conozco, pero que posiblemente no fuera un médico. Descubría mirándome los huesos de la cara que siempre tuve mal el aumento de los anteojos y que eso podía provocarme confusiones. Después de eso hago un viaje en familia, es una familia grande que incluye la del médico o es algo que me cuenta él y yo me figuro. Vamos a Nueva York en invierno y cuando vuelvo voy a una pileta, tengo dos bebés que parecen de juguete, hablo de los poemas de los adolescentes.

Empecé a vaciar la habitación de mamá. No entiendo cómo va a afectar la devaluación a las transacciones inmobiliarias: averiguar. De todas formas, pensé en vender la casa y comprar otra cosa, cambiar de barrio. Me da miedo pensar en ser feliz, en tener una casa más linda, como si fuera lucrar en cierto modo. La ropa la voy a dividir, algunas prendas las voy a regalar, otras las voy a vender, otras, las que más me gustan, me las voy a quedar para el futuro. No quiero manipular muchísimo más las cosas, me voy a terminar aferrando. Hablé con mi papá, me dijo que me puede ayudar a pensar. Nunca habíamos hablado tanto.

Tirada sobre la cama de mamá, veo los hilos de luz entrar desde el patio, el reflejo verde de la enredadera. Se apodera de mí una energía desconocida, siento ganas verdaderas de hacer cosas: cocinar, manejar, ir al campo, a la montaña, nadar en agua helada, divertirme.

Admiro la evolución de la herida. El moretón pasa por distintos colores y la cascarita de los agujeros que me hizo la gata con los colmillos se achica cada vez más. Me hace sentir fuerte tener lastimadas las piernas, como las nenas salvajes que se trepaban a los árboles cuando yo miraba desde abajo con ganas y miedo.

Me pasó a buscar mi papá, cambió el auto otra vez. Dice que la camioneta Honda la sigue teniendo si la quiero usar, que está perfecta. Los autos grandes me hacen sentir insegura, desproporcionada, todo el tiempo pienso que voy a chocar. Nunca pudimos llegar a un acuerdo con esto, mi padre quiere que maneje, pero quiere que lo haga a su modo y en el auto que él elija para mí. Tengo licencia desde los diecisiete, y hoy con casi treinta soy la vergüenza de la familia que conserva en Nordelta, yo orgullo pedestre y ellos todos son timonel.

Casi no hablamos, miro el celular, un accidente dejó un auto reducido a la mitad, de ahí no sobrevivió nadie, dice. Los restos están ahí, como aprisionados por un compresor de basura. Hace unos años se mudó, su exesposa se quedó con la casa y él compró un departamento «chiquito», me sorprende encontrar unas fotos mías en la biblioteca. El almuerzo está bien, no hablamos mucho, él entiende.

Me acuerda de vos. Siempre fue un poco... un poco... no sé, un poco loco, se decide a pronunciar y, por alguna razón, lo que antes me hubiera hecho salir dando un portazo, como hice cada vez que intentó verme o hablarme en los últimos años, ahora hace que me quede.

Pasé por tu casa, tengo casi todo lo mío en bolsas, solo me queda volver a limpiar en profundidad y devolver las cosas que haya usado. Quiero dejar todo immaculado. Les di de comer a los gatos y me fui. Tuve ganas de jugar con los chiquitos, pero realmente necesitaba salir de allí, todo vibraba con una densidad que me detiene y afuera había un sol dramático.

Terminé un trabajo que debía. Tres semanas sin poder avanzar ni un renglón y de repente resolví todo en una tarde. Hablé de la incidencia de la obra en términos de lo real, lo real entendido como cuerpo. A veces tengo ideas. Ideas mías que parecen servir para algo.

Lo que no me gusta de los edificios altos es que me dan vértigo. Mi papá vive en un piso veinte, o parecía un piso veinte, no presté atención. Pasé una vida entera en planta baja. Se me nubla el pecho. Todo empeora si tengo algo en la mano, un miedo irracional a que se me caigan las cosas, al desliz.

Submarino

Ves todo como si estuvieras abajo del agua, decís. Te hace funcionar, pero a la vez te deja ahí, entre vidrios.

No dormí en tu casa tampoco anoche, tenía ganas de ver televisión y la pantalla de la tuya quedó hecha añicos. No tuve ninguna indicación sobre qué hacer con eso. Quería dejarme llevar por la propuesta del zapping, poner en off la voluntad se torna casi imposible desde la expansión de las tecnologías *on demand*. No quería tener que decidir nada yo, hacerme cargo de mi decisión.

Después del almuerzo vine para acá. Los gatos decidieron destruir una almohada e hicieron un desastre. Aspiré todos los costados, quiero devolver las cosas limpias.

Surgió la posibilidad de un trabajo, armé mi CV con algunas mentiras consistentes, hace años que no trabajo en relación de dependencia. Es una asistencia inespecífica, como todo lo administrativo. Son pocas horas y la plata está bien para sostenerme.

Esta vez la gata se puso loca cuando maniobraba un cuchillo. Mantuve la calma. Todo lo que tiende a la catástrofe me lleva a estado de alerta. Los vecinos están en tu puerta. Murmuran.

Puentes

Esta vez fui yo a su casa, es un dos ambientes chico en Recoleta. Tiene una colección de discos imponente, no pareciera haber lugar para mucho más. Escuchamos *Frampton comes alive*. No le conté que era la banda de sonido de los viajes con mis padres, ese y «Brothers in arms», de Dire Straits.

No sé si es porque me vio ida, con los ojos de cristal, pero me trató con más suavidad que nunca. Inventé un juego que consistía en hacernos preguntas. El que se negaba a responder tenía que cumplir una prenda del otro. ¿Por qué sos vos la que se tiene que quedar en su casa? No sé. No entendía de verdad, no fue provocador: Pero, no entiendo, ¿no tiene familia? ¿No se podían llevar ellos a los gatos?

Esta mañana, cuando iba a depositar un cheque a un banco que queda cerca del Hilton, de repente la visión de una isla. La sensación en esos momentos es que es imposible emprender, toda decisión resulta pesada: se disparan los posibles resultados y ninguno parece ajustarse perfectamente a lo deseable. Una persona tildada como un aparato mecánico, eso soy. Me quedé sin poder cruzar el puente mirando el agua marrón con la estela tornasol que deja el combustible de los barcos. ¿No estamos juntos porque no te gusto tanto? ¿Me salvaste al dejarme? ¿O yo preferiría ser ella en realidad?

El sexo era complicado. No puedo, decías durante el último tiempo, no puedo coger con vos, y yo te decía qué significa, me lo dijiste la noche que me dijiste te amo y después dijiste que en realidad lo había dicho yo. No puedo. Qué vas a hacer, decías también cuando parabas ese taxi perverso, nada, me voy a mi casa.

Pero ¿qué fue lo que pasó? ¿La llegó a lastimar? No sé, digo, no sé los pormenores y me confundo. Pero sí, no sé cómo, no sé con qué, pero yo la sangre la vi en rincones, en toallas que lavé con dedicación y amor, pensando que la limpieza te iba a eximir de algo. Y ahora soy yo teniendo miedo, más que a vos, teniéndome miedo a mí.

Me decidí a llamarla. Está bien, pero no quiere saber nada, está bien, pero no quiere volver. Aceptó que le alcanzara algunas cosas específicas, me mandó una lista por mail. No tendrías que ayudarlo más a ese hijo de puta. Recibo en cámara lenta una piña en la panza, mientras mi cerebro llena los blancos a la velocidad de un guepardo.

Lianas

Estábamos jugando en la orilla de un río decimonónico. Un río salido de un cuadro. El río donde le leían a Alicia sus cuentos inspirados en ella. Sobre la superficie había unas hojas muy verdes y pequeñas, parecidas a un orégano. Mis padres aparecían como una voz omnipresente, pero no estaban en carne ahí, en la orilla no nos esperaba nadie y nosotros nos adentrábamos al río quieto, que, ni bien avanzábamos, empezaba a hacer corriente. Vos eras un gato chiquito y yo no quería que te mojaras —recordaba con terror el día en que mi mamá metió a Ziggy en la pileta porque estaba sucio—, pero también estabas esperándome adentro de la casa antigua, un *club house* inglés que también era una sede de la facultad y un club de esgrima, había un festival de bandas de secundarios con nombres como Mantra y Durazno Sangrando. Tomados de una liana o de la estructura de un muelle que había desaparecido, pido por favor o disculpas y un personaje oscuro, como salido de otra estética, una película de Harry Potter, con otra gravedad, me alcanza a la orilla haciéndome prometer nunca más adentrarme al agua sin saber: es que el río cambió mientras estaba adentro, las hojas estaban quietas, no podía preverlo. Para cuando justificaba había desaparecido. Iba a cambiarme antes de volver al festival, donde en el centro de un salón blanco pero rústico íbamos a leer poemas. Mi barrio era un pueblo costero, yo sabía que del otro lado iba a encontrar mi casa, era el paisaje natural, pero en el fondo de mi consciencia podía saber que algo estaba distinto. Si bien era bellissimo y prometía un paraíso de consumos: cafés neoyorquinos, bajadas para andar en bicicleta sin pedalear, multimarcas con lindas selecciones de vestidos, sentía nostalgia en esta Costa Esperanza, como si la repentina intromisión en la ciudad prometida de la infancia de repente ya no la necesitara, me pareciera absolutamente impropia. Una vez en casa, la sensación a humedad y al gris Buenos Aires reaparecía y me calmaba, un mensaje de Juan me invitaba al pool de Río de Janeiro, aceptaba aunque en el fondo sabía que iba a volver a ese festival blanco. Y eso hacía, y paseando por los jardines me gritaba una compañera de la primaria desde una ventana, su voz era extraña, como si tuviera la boca dormida y se reía, se reía mucho, vestía pijamas y el *club house* era un hospital, la sala blanca no era una lectura de poemas, era una sala de juegos de mesa y vos estabas sentado en el suelo, convencido de que el festival que no iba a existir iba a ser el mejor del mundo. El gatito volvía a ser un gatito, naranja y peludo y muy bebé. Yo lo consentía convencida de que había una consciencia detrás, le decía cosas tipo volveme a querer, no me querés más, y por alguna razón no me lo podía llevar y sufría pensando que era tan chiquito y que vivía solo. Pero recordaba que mi mamá decía que los gatos son mejores que los perros porque son independientes. El gatito ese me angustiaba porque me despreciaba, me despreciaba con los ojos y haciendo un gesto arisco con la cabeza, como ignorándome un poco.

Fuegos artificiales

La herida de la pierna ya casi desapareció, solo quedan pequeñas cascaritas, vine a dejar todo listo. El gato clarito acaba de aprender a bajar la escalera, ahora repite intentando perfeccionar su técnica. Me enorgullece. El plan navideño es ver películas bajo el aura del aire acondicionado comiendo pizza.

El día que nos hicimos cosquillas me pareció que iba a estar todo bien para siempre. Después empezaste con los sí-no sí-no. No puedo, no puedo. Se había alojado en mí la esperanza de la conversión a un sí. Hice de cuenta que no sabía que en realidad nunca quisiste.

Junté lo que me pidió Violeta: una taza con un arcoíris, unos marcadores Caran d'Ache, su collage de la pared del living, una latita con anillos y otras chucherías, una cartera bordada con flores naranjas, de terciopelo negro. Por la ropa no te preocupes, ya había poca, ya me había llevado casi todo, los libros lo mismo. Lo que queda no me importa, no lo quiero. Cumplí las órdenes. Me gustaría desprenderme así de los restos, no voy a dejar nada, pero por mí, porque no quiero dejar nada mío; si fuera para atormentarte a vos, quizás sería distinto.

Estoy esperando que Francisco me pase a buscar. Aprovecho el auto para llevar todo. Lo que me gusta de tener pocas cosas, ahora que acomodo lo noto, es la sensación de que hay cierta coherencia en las elecciones, una propuesta estética.

Durante la cena tuve la visión de que había dejado una ventana abierta en tu casa, imágenes de incendios. Quise volver, son veinte cuerdas, pero él me dice que no, que no va a pasar nada, que es improbable que un fuego caiga en una planta baja. Que además con la inflación nadie va a estar tirando. Veo la cama incendiada, los gatos se asfixian, el piso se prende, todo lo inflamable me viene a la mente.

No tuve navidades grandilocuentes, no entiendo el protocolo familiar, las decoraciones. Ana visita en general antiguos amigos y romances en Europa. Siempre logra el modo de volver y, para mí, es la forma que encuentra para impregnarse de ese aire elegante que necesita conservar para mantenerse levemente distinguida de los demás.

Pasadas las doce, a pesar de que le parezca un disparate, decide agarrar el auto y acompañarme a chequear la ventana y a ver a los gatos. Me quema por dentro la sensación de que podría pasar toda la vida con él, solo porque el amor es, quizás, algo cercano a acompañar al otro incluso pensando que es una ridiculez. En ese momento lo amo, es como un fuego artificial, quizás no sea él, quizás es simplemente una idea muy clara de cómo deseo que algunas cosas sean de acá en más.

Las llaves abren puertas

Recién ahora me doy cuenta de enlazar tu llavero con el mío para no correr el riesgo de olvidarme tus llaves en otra cartera, como me pasó durante los primeros días. La calle está vacía: sol y verde, mucho sol y verde. La luz traspasa las hojas, marcas naturales sobre las superficies. Algunos negocios sí abrieron, la verdulería de tu esquina, por ejemplo.

Me vi en el reflejo del vidrio de la puerta de tu living y me asusté. Creí que era un fantasma. La pollera tomó vuelo y confundí su movimiento con una presencia.

Francisco está mudando unas cosas que quedaban en su casa familiar, me ofrezco a ayudarlo. Me invita a comer unas sobras navideñas. Tengo mi propia técnica para doblar remeras. Nunca nadie me había dicho que era una persona práctica, me gusta esta posible yo.

Leones de piedra

Entraste en la fase de no contestar otra vez, siempre fue bastante difícil sostener una continuidad. Yo te dedicaba frases sacadas de canciones: «Provoca sensación ambigua en mí», por ejemplo. Ahora no siento esa ambigüedad, me parece más bien injusto. La lógica sin lógica, decía una vez mi analista, el lugar enfermo, lo familiar. Dudo de las enfermedades, me parecen más bien una falta de ímpetu.

Falta poco para que vuelvas. Solo volvés a una casa, la normalidad no existe. Los cuchillos van a estar ahí, los gatos y los restos de una relación. Vos vas a seguir fumando tus cigarrillos en cadena. Yo estuve acá cuidando tus gatos, tus cables pelados, que no se caigan las puertas, y ahora no contestás. En un momento el cuerpo se vuelve aquello que conservás para perdurar, yo anoche empecé por doblar remeras.

Después del cine fuimos al pool. Le dije que mucho no sé jugar, pero que me animo a hacer el ridículo. Mi papá me había enseñado a jugar un verano, decía que tenía un don natural. Fue en la casa de fin de semana de unos amigos que tenía en San Diego. A mí nunca me volvieron loca los countries, me parecen ficcionales. Los leones de piedra, las puertas abiertas, los nenes muy rubios en bicicletas.

Ya no puedo dormir en tu cama, por eso esta madrugada volvimos acá. Fran se duerme sobre mi pecho y me dice cosas sobre la Guerra de las Galaxias, trata sobre temas humanos, dice. Es como el teatro griego, dice. Es político, dice. Nos conmueve porque toca la verdad, dice. La oscuridad está en nosotros.

En medio de la noche me despierto con la pesadilla recurrente. Vuelvo a encontrar a mi madre tirada, escupiendo una baba espumosa por la boca. Esta vez, en lugar de volverme chiquita, huyo de la casa y corro, corro y nada tiene sentido, las imágenes que veo pasar son variadas, toda la gente que conocí en mi vida, mi madre es mi madre, pero sos vos y no me parece noble, me parece de repente un ser repulsivo. Me despierto con la sensación de que se murió, una sensación mucho más real que todas las veces que se murió en el sueño después de morir en la realidad.

Mi habitación siempre fue la más calurosa de la casa. El sol calienta el techo de chapa y no pasa el viento por el ángulo agudo entre la ventana y la medianera. Mi mamá tenía la convicción de que los niños no tenían que tener aire acondicionado, que les podía hacer mal a los pulmones, y yo, de chica, de bebé, había tenido una enfermedad que no recuerdo, una neumonía, sin secuelas, pero que ella atravesó con mucha gravedad. El ventilador de techo se rompió, no sé cuándo, dejó de funcionar en algún momento sin dar señales. Quizás fue cuando no estuve, la verdad, si afirmo algo en este punto te estaría mintiendo. Está ahí desde siempre, inmóvil. Es blanco y rosa.

Lo despierto, estamos los dos empapados. Le propongo ir a dormir al estudio, donde hay una cama de una plaza, pero me retracto y vamos a la habitación de ella, que sí tiene aire y que ya casi vacié por completo. Es la primera vez que duermo ahí desde que se mató.

Nos vamos apurados, él para seguir llevando bártulos, yo para pasar a reponer unas cosas que te usé. Así que paso primero por el súper y pido que me saquen de la vitrina un Havana Club, compro dos aguas minerales, el líquido rosado que usás para limpiar los pisos, pan lactal. El cajero insinúa que el ron está demasiado caro, que es cubano, le digo que no tengo opción. No tengo opción porque no tolero fallar, pero podría tranquilamente desentenderme y, es más, llevarme el chocolate amargo, los perfumes y los cuadros, alguna de las guitarras también, todas las guitarras.

Agarro lo último: mi cepillo de dientes, mi cepillo de pelo, mi cepillo de limpiar impurezas, las toallitas desmaquillantes, el estuche de los lentes de contacto. Guardo todo en una bolsa de plástico con cierre hermético que pongo adentro de mi cartera, una bolsa de tela de una librería parisina donde te compré un ejemplar de *Pour en finir avec le jugement de dieu*, sugerencia de Juan.

Después supe que no sabías francés y me sentí mal, pero fue idea de Juan, decía que te iba a encantar. De cierto modo te gustó, porque lo pusiste a la vista en la biblioteca y de repente ya no, no lo encontré. Violeta lo guardó, o lo tiró, o vos mismo en uno de esos ataques lo tiraste. El libro estaba maltratado igual. El día que volví de París, cuando iba a verte, la bolsa en la que lo llevaba se deslizó entre las rejas del canasto de la bicicleta y se enganchó en la rueda de adelante. Logré frenar a tiempo para evitar darme vuelta, caer en la avenida cabeza contra el asfalto. El libro quedó marcado, casi partido por la mitad.

Vuelvo a mi casa a ducharme y a ponerme un vestido, a maquillarme un poco. Estos días pesados hay que ducharse al menos dos veces por día.

Fran me invitó al cumpleaños de un amigo de él, una terraza con una vista increíble en un piso veinticinco. Dice que no tengo que tener miedo de sus amigos, que no tenga preconceptos, no me cree que lo que me preocupa son las alturas. Vamos, nadie me va a obligar a mirar hacia abajo.

Bailamos y nos damos besos, y el amanecer es rosado y naranja. Los tragos también son rosados y naranjas y marrones, no entiendo la Coca-Cola, cómo es que a sabiendas tomamos algo que se usa para limpiar tornillos. Nos convidan una línea, decimos que no y ahí nos tomamos un taxi a casa. Antes pasamos por un kiosko a comprar todo tipo de boludeces: los chupetines que vienen con un polvo que te estalla en la boca, gomitas en forma de letras y un agua, que me equivoco y la compro con gas. Pero no importa, nos reímos de las burbujas de la soda, el efecto en el paladar. Todo es efervescencia y nada va a permanecer.

Lo último

Me despierta un mensaje tuyo. Cómo anda eso. Estoy volviendo a mí, decís. Querés salir. Igual, ya está. Es hoy.

Salgo al patio a regar las plantas, sacar la ropa del ténder. Una mariposa naranja con puntos negros está chata sobre el piso al costado de la maceta de la azalea. ¿Será verdad que viven un día? ¿Cómo soportarán la belleza muerta los coleccionistas? Restaurar un insecto. Las alas brillantes y arqueadas como una ficción. La simulación de la plenitud detrás de las vitrinas.

Reviso uno a uno los estantes, rescato algunas cosas aisladas: un pañuelo, un libro, tampones, un chaleco, palo santo. Me asfixia el calor, así que por unos minutos me tiro en el cemento del suelo congelado. Me acuesto apoyando toda la espalda. Estoy agotada. Los gatos que estaban jugando entre ellos se me acercan, se me suben por las piernas. Levanto al más clarito del pellejo, me lo pongo sobre el pecho y le digo la verdad: Te voy a extrañar.

Un rasguído sobre la madera altera mi confesión, un bicho enorme intenta salir por una hendidura entre el techo y la pared revestida. Por la intensidad del sonido pareciera que es una rata o un murciélago. No pienso matarlo, aún aterrada y dando un salto hacia la otra punta, lo decido. No voy a luchar contra ninguna forma de vida monstruosa. Silencio los arañazos.

Dejo los platos llenos por si te atrasás —no te puedo esperar—, las llaves en el cenicero de cristal y la luz del baño prendida para que no pises a los chiquitos cuando llegues. Cargo con los dos brazos lo último mío que quedaba. El pasillo está oscuro, como siempre.

Nota de la autora a la edición española

Es para mí un enorme placer estar presentando este libro en la tierra de mis ancestros. No quiero hacer de este espacio uno solemne, pero verdaderamente es lo que me sucede cuando pienso en la edición española de mi primera novela: una vuelta a la raíz de mi vida. Con ocho años de edad, mi abuela María Delia Cartoy Díaz se subió a un barco en España, a sus quince nació mi madre, Marcela Reyes, en Buenos Aires, a los veintiuno de mi madre nació yo, también en Buenos Aires. A mis treinta años mis únicos hijos son mis libros, los de poemas y esta novela, que llegó en nube voladora hacia la computadora de mis editores Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez, quienes con mucho amor y confianza hicieron posible que este libro esté en sus manos el día de hoy, con su flamante tapa rosada. *Litio* se escribió en las casas de amigos y es una novela que habla sobre el cuidado. La primera versión se terminó de escribir en el 2015, cuando Mauricio Macri asumía la presidencia de la República Argentina, y se editó, en plena crisis del libro, durante su mandato, por Concreto Editorial en el 2018. Todo en torno a sus condiciones de posibilidad tuvo que ver con la búsqueda de respeto y de trascender dificultades. Es por eso que, a pesar de haber agotado su primera edición en el mes de su lanzamiento, y de haberse sostenido como una novedad a lo largo de todo su primer año de vida, sigue pareciendo un sueño lúcido que cada vez sean más las manos y los ojos a los que llegamos con esta historia. No puedo dejar de detenerme en el detalle coyuntural de que las últimas correcciones de esta edición llegaron a mi correo en el día de la asunción de un nuevo presidente en la Argentina, Alberto Fernández, quien me puso la piel de gallina hablando, en el Día Internacional de los Derechos Humanos, en contra de la discriminación y afirmando su compromiso para con los más debilitados por la crisis económica, que fueron, sobre todo, mujeres. Le tomo la palabra y considero la casualidad un buen augurio.

Este libro nunca creyó, o más bien yo nunca creí, que iba a estar en más bibliotecas que la de los amigos. Fue escrito para ellos y sigo creyendo, quizás por ingenuidad, que es un milagro que se siga imprimiendo y trascendiendo los límites geográficos a los que se creía circunscripto. No tengo más que gratitud y palabras de amor. Les pido paciencia con los argentinismos, son parte de la esencia de su protagonista, también una joven mujer argentina. Con muchísimo cariño por una patria que siento como propia, espero que puedan querer esta novela tanto como yo ya los quiero a ustedes por estar dándome la oportunidad de ser leída en el país de mi abuela y mi bisabuela, un país que todavía no conozco pero que ya estoy pisando y que siempre estuvo en mi corazón.



*Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces
de la literatura hispánica*

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,

Mar Gómez Glez

Sin música,

Chus Fernández

Yosotros,

Raúl Quinto

La vida periférica,

Roxana Villarreal
Fuera de tiempo,

Antonio de Paco
El comensal,

Gabriela Ybarra

Meteoro,

Mireya Hernández

Filtraciones,

Marta Caparrós

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado, sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,

Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,

María Folguera

La fórmula Miralbes,

Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,

Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,

Almudena Sánchez

Felipón,

David Muñoz Mateos

AÑO 2017: LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,

Aroa Moreno Durán

Hamaca,

Constanza Ternicier

Televisión,

María Cabrera

Animal doméstico,

Mario Hinojos

Madre mía,

Florencia del Campo

En la ciudad líquida,

Marta Rebón

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbral*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,

Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,

Pilar Fraile
Florentina,

Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,

Sara Cerdón

Umbra,

Silvia Terrón

Maratón balcánico,

Miguel Roán

AÑO 2019:

LUNA MIGUEL

Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

La selección de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvana el grito generacional de una nueva ola de autoras y pensadoras. Las distintas voces que conforman este Caballo de Troya intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. *Game Boy* y *Cambiar de idea* son reflexiones incómodas y singulares que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos. *Ama* es un ejercicio memorístico que se expande desde la intimidad familiar hasta el vértigo de toda una generación en su paso a la edad adulta; ese que en tres historias completamente distintas, *Había una fiesta*, *Listas, guapas, limpias* y *Cómica*, se explora desde el trauma y las heridas. Todos ellos siempre desde el humor y la ironía, siempre cuestionándose la asunción de los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,

Victor Parkas

Cambiar de idea,

Aixa de la Cruz

Ama,

José Ignacio Carnero

Había una fiesta,

Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,

Anna Pacheco
Cómica,

Abella Cienfuegos



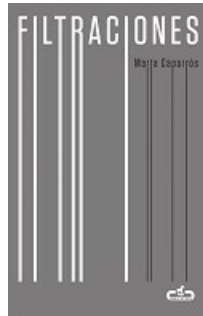
© Elea Franco

Malén Denis (Buenos Aires, 1989). Hija de una psicoanalista y nieta de una empleada doméstica, Malén osciló entre los estudios tradicionales y la llana experimentación. Estudió Fotografía, Producción Audiovisual y es máster en Escritura Creativa por la Universidad de Tres de Febrero. También estudió Filosofía y Literatura Inglesa. Es autora de los poemarios *Con una remera de Sonic Youth*, *Buscar drogas en Wikipedia*, *Un gran incendio de vidrios* y *Brillante*; ha traducido libros de poesía del inglés al español y desde muy joven trabaja como periodista. Desde 2015 desarrolla un taller de búsqueda de la voz propia que bautizó «Escritura e intimidad» y donde trabaja la identidad como materia primordial para la producción literaria. Actualmente vive en Nueva York con su marido, Gregory, y trabaja como corresponsal cultural feminista para diversos medios argentinos. Su primera novela, *Litio*, fue publicada por primera vez en 2019 por la editorial argentina Concreto, y tuvo una cálida acogida entre los lectores.

En Instagram y Twitter es @malendenis

Si te ha gustado *Litio*, te recomendamos: AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

FILTRACIONES



Marta Caparrós

Los personajes de las cuatro *nouvelles* que conforman este volumen no son activistas, sino treintañeros que bailan al ritmo de la precariedad laboral. Una periodista que se queda embarazada, una joven que trata de rehacer su relación de pareja al tiempo que se mete a sindicalista, un profesor de idiomas en paro que recibe la visita de un padre que observa cómo su hijo malvive con su novia en un piso en el que apenas caben, y dos amigos a los que la estancia en Berlín se les convierte en exilio forzoso. La inestabilidad radical en la que estos personajes habitan y su pérdida de estatus dan pie a reflexionar sobre las nuevas identidades, que ya no están definidas por la profesión y la familia. Y es que nos encontramos, en fin, ante una radiografía de lo que se ha dado en llamar «precariado». Con una escritura de ecos gopeguianos, Marta Caparrós debuta con un libro impecable, adictivo y sumamente inteligente.

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

Y AHORA, LO IMPORTANTE

Beatriz Navas



Beatriz, una madrileña que ha cumplido catorce años en 1992. Beatriz es buena estudiante, sin que eso le impida salir los fines de semana para bailar, beber y flirtear. Ese mismo verano visita la Expo de Sevilla y su padre la lleva a las Olimpiadas de Barcelona. La suya es una vida grata, coherente con la oleada de optimismo imperante en la España de entonces. Pero los titulares de los principales periódicos españoles que Beatriz inserta en las entradas de su diario nos hacen ver que la realidad de ahí fuera no es una celebración perpetua. Los festejos se acaban y la adolescencia de Beatriz también. Aunque la hemos llegado a conocer muy bien a través de su escritura atrevida, nos surgen preguntas sobre ella a las que responde en el epílogo con su voz de adulta que ahora cobra en euros y no en pesetas.

AÑO 2019: LUNA MIGUEL Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

CAMBIAR DE IDEA



Aixa de la Cruz

A punto de cumplir los 30 años, Aixa de la Cruz activa la escritura de una especie de memorias que atraviesan algunos de los momentos más significativos de su vida: del día que una amiga compró semen por internet para inseminárselo con un kit casero al divorcio de la autora; de las consecuencias de escribir una tesis a sus relaciones con mujeres; de una infancia en la que maduró sin un «biopadre» a sus vivencias en México. Cambiar de ideas ofrece una escritura completamente hipnótica que va mucho más allá de la simple exposición de la primera persona: el relato del yo aquí sirve para connotar agudas y brillantes reflexiones sobre diversos temas de calado social y desplegar un estilo

***Litio* es una novela hecha de cartas que la autora se manda a sí misma o a un desconocido, y que juntas suman la experiencia de la migración, de precariedad, de una generación millennial hipermedicada en busca de esa felicidad que nadie encuentra.**



«No estoy embarazada. Me quedé pasmada frente a mi propia sangre, no tenía a quién consultarle. ¿A quién decirle que creo que estuve embarazada y que ya no lo estoy? ¿Mi madre me hubiera ayudado a entender mi cuerpo? ¿Mi madre se hubiera encendido de repente como un motor al saber que estaba perdiendo a su posible nieto?»

La voz que nos habla es la de una mujer que roza la treintena y que escribe casi de manera automática con la voluntad de entender todo cuanto ocurre a su alrededor: un aborto espontáneo, una mudanza, un mal viaje con las drogas, amigos que vienen y van, horóscopos, los maullidos de un gato, los ojos enormes y brillantes de Sailor Moon...

Litio, la primera novela de la poeta y periodista Malén Denis -descrita por Marina Mariasch como una «tensión permanente entre mente y corazón [...] llena de escondites secretos»- es en realidad un conjunto de instantáneas que nos llevan directos a la precariedad de la juventud argentina. Un testimonio lleno de templanza y lirismo, narrado desde la experiencia de una mujer a la que no le queda otra que huir, pero no sin antes susurrarnos su historia.

Se ha dicho sobre *Litio*...

«La joven escritora rompe los relatos y las formas clásicas en una novela de género y de época, sobre duelos y despertares.»

Lola Sasturain, *Página 12*

«Malén Denis irrumpió en la escena literaria en 2009 con *Con una remera de Sonic Youth*. Desde entonces su poesía se volvió una voz estridente y diferente, volviendo indie y moderno el espacio poético y haciendo habitar la hoja de espacios innovadores y febriles.»

IndieHoy

«Emotiva y estimulante, *Litio* viene a agregar una nueva luz a la constelación única que es la obra de Malén Denis dentro del campo literario contemporáneo. Siempre desafiante a los lugares comunes, con esta novela logra incomodar, al mismo tiempo que hace tomar partido, a dejar en clara una posición, mínimamente desde el sentimiento.»

Gustavo Yuste, *La Primera Piedra*

«El lenguaje poético atraviesa toda la novela. *Litio* tiene poco de estructura de causas y efectos y mucho de imágenes internas, retazos y evocaciones que no son estáticas. La metáfora, más que un recurso, es el núcleo duro del libro, que trata sobre lo no decible, eso silenciado que de todas formas sale de manera misteriosa.»

Manuel Allasino, *La Tinta*

«El de Malén Denis es uno de esos casos donde la escritura -y la puesta-convoca, provoca, y no deja lugar a medias tintas.»

Facundo Gerez, *Zigurat*

Edición a cargo de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Malén Denis

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial /

Manuel Esclapez Fotografía de portada: © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-17-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Litio

Bajo cero

Tacto

Caballos

Yohaku no bi

Cero mental

Inteligencia espacial

Materia

Contra natura

Buena fortuna

El huso

Cortesana

La mancha

Esperanza incompleta

La velocidad

Donde viven las cosas salvajes

Les amours imaginaires

Cucarachas

Como un motor

Un relámpago

Las espinas

Estado de flote

La luminosidad

Janet Leigh

Carrera de mente

Yoga vicioso

Autos chocadores

Papel de arroz

Criatura

Identidad

Aspen

Los cuerpos

La misma piedra

Intuición

Anémona

Memoria táctil

Del otro lado del arcoíris

Fotosíntesis

Ofrenda

Los enemigos

Balas perdidas

Desastre natural

Espirales

Hawaiian Tropic

Tournerie

Magulladón

Submarino

Puentes

Lianas

Fuegos artificiales

Las llaves abren puertas

Leones de piedra

Lo último

Nota de la autora a la edición española

Caballo de Troya

Sobre Malén Denis

Si te ha gustado Litio, te recomendamos...

Sobre este libro

Créditos